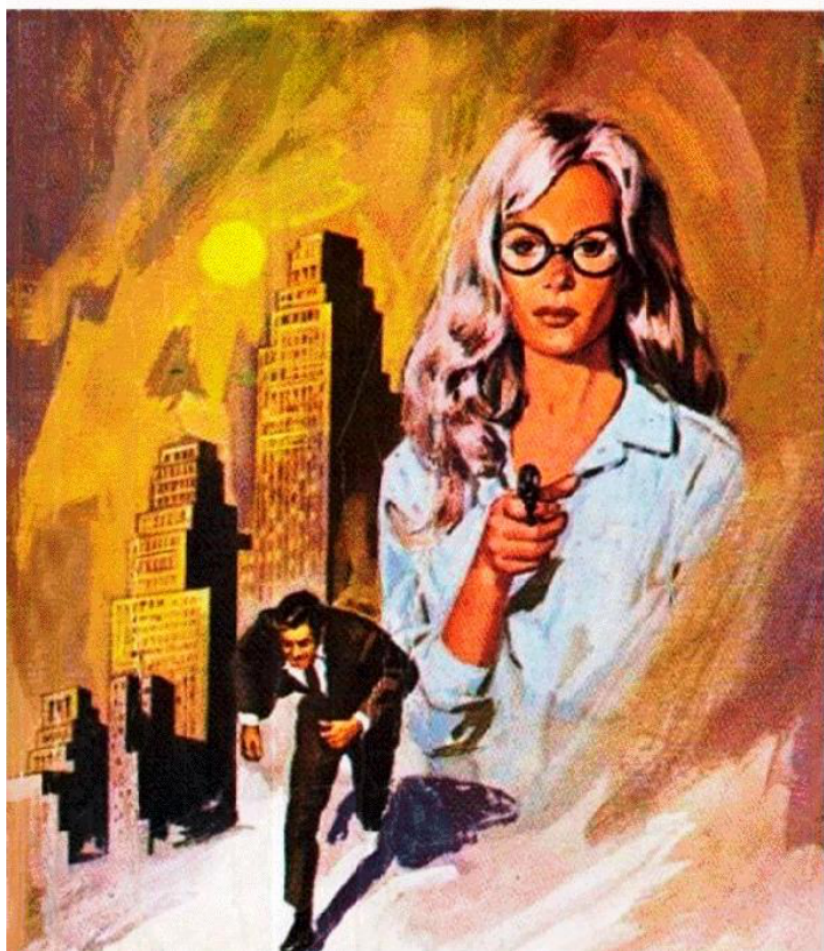


BOLSILIBROS
BRUGUERA
**SORTEO DEL
MILLON**
PUNTO
ROJO

entierro para un gangster

SILVER KANE



COLECCION

PUNTO ROJO



YA ESTA A LA VENTA
LA NUEVA SERIE

SELECCION

TERROR

Creada para aquellos
lectores que poseen nervios de
acero y no temen traspasar las fron-
teras de lo irreal y adentrarse en
un mundo desconocido, aterrador
como una pesadilla, apasionan-
te como la más increíble de las
aventuras.

SILVER KANE

ENTIERRO PARA UN GANGSTER

Colección **PUNTO ROJO** n.º 594
Publicación semanal
Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

Déposito legal: B 25.831 - 1973

ISBN: 84-02-02520-X

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: setiembre, 1973

© SILVER KANE - 1973

texto

© JORGE SAMPERE - 1973

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1973

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1.319. — El *sheriff* y las viejecitas.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.184. — La vuelta al mundo en ochenta muertos.

En Colección SALVAJE TEXAS:

736. — Infierno: capital Dodge City.

En Colección KANSAS:

666. — Un buitre llamado Cox.

En Colección BÚFALO SERIE ROJA:

1.014. — Demasiadas faldas en Wichita.

En Colección ASES DEL OESTE:

502. — Ni más ni menos que un hombre.

En Colección BRAVO OESTE:

660. — Pedazo de cobarde.

En Colección COLORADO:

637. — Jinetes de medianoche.

En Colección CALIFORNIA:

751. — Todos esperaban la muerte.

En Colección PUNTO ROJO:

570. — Especialista en jaque mate.

CAPÍTULO PRIMERO

MORIR COMO UN REY

Las manos de la mujer abrieron el libro y sus ojos resbalaron por las líneas impresas sobre elegante papel *conché*. Hay que anticiparse a decir que si las manos de la mujer eran cuidadas y finas y demostraban que su dueña sabía cuidarse; sus ojos rasgados y profundos eran de los más hermosos que se pueden ver en este sucio planeta. Pero ahora aquellos ojos estaban como empequeñecidos, como absortos por la tensión de lo que estaba leyendo.

El texto decía así:

«El invierno de 1927 a 1928, arqueólogos de la misión conjunta del Museo Británico y de Universidad de Pennsylvania, descubrieron dos tumbas con un tesoro fantástico. No tenían ninguna monumentalidad impresionante: eran simplemente espacios subterráneos a los que conducía una rampa para la ceremonia del funeral. Una vez terminado, todo había sido cubierto de tierra. Lo que hallaron los arqueólogos fue algo horrible: en la rampa y en la antesala había sesenta y ocho esqueletos de hombres en posición que indicaba que habían sido asesinados allí mismo, sin hacer resistencia ni recibir mutilaciones. Los guardias y servidores de los príncipes parecían haber sido previamente drogados, para acompañar a sus amos a través de la muerte. Ningún documento ni tradición sumeria refiere que los reyes se hicieran enterrar acompañados por tales hecatombes; por eso los

arqueólogos se basan en suposiciones y todavía hoy no sabemos nada concreto. Lo cierto es que en aquella y otras tumbas descubiertas después en Ur, los príncipes enterrados fueron acompañados por docenas de hombres y mujeres sacrificados. Lo horrible se mezcla aquí a lo maravilloso...»

La mujer dejó de leer.

Sus ojos se habían empequeñecido.

Formaban, ahora, como dos puntitas de alfiler en su rostro.

Movió las manos y avanzó. El sol tibio que se reflejaba en las aguas del río Potomac, cerca de Washington, dio de lleno en su figura.

Llegó al borde de la piscina, situada en el lugar más retirado de la maravillosa mansión. Había cuatro piscinas allí, una en cada punto cardinal de la casa: la de las solemnidades, con un fantástico bar en torno suyo; la olímpica, donde de vez en cuando los jóvenes amigos del dueño demostraban sus habilidades y se convertían en émulos de Mark Spitz; la oriental, que estaba semidescubierta y tenía agua caliente todo el año, y la última, que era la más retirada, la más apartada y a la que sólo tenía acceso los más vinculados a la casa. Frente a la piscina se hallaba, presamente ahora, la hermosa mujer.

El agua limpia y cristalina reflejó su hermoso rostro.

Su garganta torneada.

Su pecho admirable.

Y el nacimiento de su silla de ruedas.

Por eso la preciosa hembra no podía avanzar sin mover manos: necesitaba empujar. Su figura seguía siendo perfecta, sus piernas seguían teniendo la misma elástica morbidez de antes, pero ella sabía bien que eso era a base de saunas, de masajes, de dieta, de ejercicios controlados que costaban una fortuna. Y aunque el dinero no le importaba, había momentos en que una oscura desesperación llegaba a asomar a sus Ojos.

El hombre que nadaba en la piscina llegó, braceando hasta el borde.

Tenía un cuerpo ágil, elástico y duro.

Dos años antes aún nadaba en los campeonatos, y aunque ahora ya no podía tener aspiraciones olímpicas, seguía manteniéndose en

forma. Además, su trabajo requería que nadara al menos tres horas diarias. No en vano era de los hombres que mejor se movían bajo el agua... en misiones estrictamente confidenciales.

Miró a la hermosa mujer sentada en su silla de ruedas.

—Eh, Sandra...

Sandra le dirigió, tan solo, una mirada de soslayo.

Cerca de la piscina había un bichero, o sea, un largo palo con un pequeño garfio y una red parecida a las que se emplean para cazar mariposas, y que tenía por objeto retirar de la piscina algún papel o alguna pequeña impureza. La mujer lo acarició pensativamente. El hombre se acercó aún más.

—Eh, Sandra, no pareces muy alegre esta mañana. ¿Qué te pasa?

—Nada especial. ¿Cómo quieres que esté alegre? Anoche Rockman dio una fiesta y todo el mundo bailó hasta la madrugada. Todo el mundo se divirtió, mientras yo tenía que verlo desde una ventana. Y encima, con las luces apagadas, para que nadie notase mi presencia y no me compadecieran. ¿Qué crees? ¿Que he de estar alegre a pesar de todo?

El hombre hizo un gesto dubitativo.

Las palabras de Sandra no parecían haberle apenado demasiado.

Diríase que más bien aquello le causaba una secreta alegría, una alegría que no le daba vergüenza demostrar.

—Eras muy orgullosa antes del accidente de coche, Sandra —dijo suavemente, mientras apoyaba, los codos en el borde de la piscina—. Como habías alcanzado el título de *Miss Mundo* pensabas que hombres y mujeres habían de ponerse como una alfombra a tus pies. Y en esa alfombra tenía que estar yo, uno de los que te lanzaron, para que pudieras pisarme bien. Sólo te humillabas ante el patrón, porque te interesaba. ¿Es eso justicia?

Ella hizo un gesto despectivo.

Se notaba que, a pesar de su actual situación, no se sentía vencida. Se notaba que seguía considerando a los demás como unos seres inferiores a los que ya no podía aplastar con sus pies, pero a los que deseaba aplastar, al menos, con su silla de ruedas.

—Eres un cerdo.

—¿Por el hecho de que antes me gustabas?

—¿Ya no te gusto?

El río suavemente mientras se disponía a nadar de nuevo.

—Demasiado trabajo, chata —dijo—. Demasiado lío tener que empezar por sacarte de la silla de ruedas...

Y se despegó del borde de la piscina para volver, a nadar con brazadas largas y elásticas. Sentía de una manera directa, como todos los hombres jóvenes y fuertes, la dicha de su propio cuerpo. Llegó hasta el otro lado de la piscina, que no era demasiado grande, giró bajo el agua y fue a sacar la cabeza de nuevo ya a varias brazadas de distancia.

Entonces, sintió algo extraño.

¿Qué era aquello que se enredaba en su cabeza?

¿Qué era aquello que le impedía salir del todo?

Miró aturdido en torno suyo; apenas pudo hacerlo, y gritó:

—Eh, Sandra... ¿Pero qué cuernos haces?

Lo que ella hacía era muy sencillo: le estaba remetiéndole en la cabeza la red parecida a la de cazar mariposas que llevaba el bichero. Tiraba hacia ella y, al mismo tiempo, empujaba hacia abajo, de modo que el hombre sufría una sacudida y al instante sentía que su cuerpo se iba bajo el agua.

No se lo tomó demasiado en serio.

¿Es que aquella estúpida quería jugar?

—Eh, idiota... Déjame... Glub... ¿Pero qué te pasa? Glub... ¡Para bromas de esa clase estamos, so zorra...!

Ella estaba quieta como una esfinge. Sólo sus brazos se movían, los brazos que sostenían el largo palo del bichero.

Galland se cansó entonces del juego e hizo algo muy sencillo para él: se hundió bajo el agua y nadó hasta el otro extremo de la pequeña piscina. Pero cuando emergió de nuevo, ya estaba otra vez la red allí para apresarle la cabeza.

—Ya me estoy cansando, Sandra... ¡Maldita seas, zorra...! Glub... ¡Deja ese juego de una maldita vez! ¡Glub! ¡Glub!

Estaba tragando agua, porque, prácticamente, no podía mantener la cabeza por encima de la superficie. Parecía mentira la fuerza increíble que tenía en los brazos aquella mujer. Hacía con ellos la misma presión que una palanca, obligándole a permanecer bajo el agua, casi constantemente.

Galland repitió su movimiento anterior: otra vez al fondo y otra vez a salir por distinto punto. Pero la red esperaba cuando emergió.

Ni por un momento había pasado por la cabeza de Galland la idea de que quisieran matarle, pero ahora, ese diabólico pensamiento atravesó su cerebro. ¿Era posible...? Pero no, no podía ser. Se trataba de un pensamiento absurdo. ¿Cómo iba a matar una parálitica, dentro del agua, a un hombre como él, a un exolímpico del equipo norteamericano de natación?

Sin embargo, fue entonces cuando empezó a sentir un frío suave e insistente llegando hasta el fondo de sus huesos. La piscina era pequeña; de modo que ella podía desplazarse con gran rapidez de un extremo a otro y esperarle en cualquier ángulo. Por otro lado, no podía desorientarla, ya que el agua era tan transparente que Sandra le veía moverse como si él nadara debajo de un cristal.

Entonces intentó llegar al borde y salir de un salto.

Ya estaba harto.

Ella le dejó un momento libré, pero cuando ya estaba casi en las escalerillas le golpeó en plena cara con la punta del bichero. Galland sintió el fluir de su propia sangre y notó que, en torno suyo, el agua se iba tiñendo de rojo.

La red cayó entonces de nuevo sobre su cabeza. Le hundió.

Galland se sintió aterrorizado. Se dio entonces cuenta de que, por absurdo que pareciese iba a morir. Con voz ronca y las facciones desencajadas, gritó:

—¡Socorro...! ¡Socorro...!

Nadie le oyó. Precisamente a aquélla la llamaban la piscina íntima porque estaba en el lugar más apartado de los jardines. En otros tiempos felices, Sandra solía bañarse allí sin ropa. El grito de angustia se expandió por el follaje y murió en las aguas del cercano Potomac sin que nadie lo oyese, excepto la propia Sandra.

Llevando el cadáver de Galland siempre sujeto por el bichero, lo arrastró sobre la hierba hasta llegar a la boca de un pozo abierto a ras del suelo, y que reunía los controles de desagüe de toda la inmensa casa. El pozo tenía bastante profundidad: más o menos la altura de tres hombres puestos uno encima de otro. Inclinandose sobre la silla, Sandra alzó la tapa metálica, empujó el cadáver y lo dejó caer al fondo. Luego volvió a tapar, con la mayor tranquilidad.

Hecho esto se arregló un poco los cabellos, se frotó las manos que le habían quedado algo dañadas y se dirigió sobre su silla de ruedas, a través de los senderos, para ver a Rockman, que debía

aguardarla en las habitaciones principales de la casa.

CAPÍTULO II

LA REINA SUPLENTE

Fue entonces cuando oyó aquel trueno.

Sandra siempre entraba sin llamar allí, puesto que no había motivo para que abandonara las costumbres de sus buenos tiempos, cuando del trono de *miss* Mundo pasó a la alcoba de uno de los hombres más ricos del planeta. Pero esta vez tuvo la sensación de que había estorbado a Rockman.

Éste, que llevaba pegado al oído un teléfono de estilo, miró a la intrusa con sus ojos vacíos, que no tenían ninguna expresión, y dijo suavemente:

—Adiós, querida.

Colgó.

Sandra no hizo ningún comentario y ningún gesto. Por el contrario, sonrió encantadoramente. Pero en su garganta parecía haberse posado un pedacito de hielo, un hielo cuyo frío se le diluía en la sangre.

Sabía que si Rockman había colgado tan precipitadamente era porque estaba hablando con otra mujer. Y aquella mujer no podía ser más que la reina suplente, la *miss* Mundo de dos años atrás, la que la había sustituido a ella, en la alcoba del millonario.

—¿Telefoneabas? —preguntó, suavemente.

Rockman acarició suavemente las solapas de su batín de legítima seda china. —Sí— dijo. —Negocios.

—Ah...

—¿A qué has venido, Sandra? Creí que estabas en la piscina.

—Sí. Estaba leyendo, pero he venido a devolverte esto. Toma. Es uno de tus libros favoritos.

Y entonces oyó de nuevo el trueno. El trueno lejano en aquel

cielo rigurosamente azul. Todo su cuerpo se estremeció en la silla.

Pero, enseguida, los pensamientos de Sandra se nublaron. Pensó en la reina suplente; en la que estaba hablando con Rockman cuando ella entró. Hizo girar bruscamente su silla de ruedas y dijo:

—Buenos días.

Se dirigió hacia la puerta.

—Oye, Sandra... ¡Sandra!

La voz de Rockman sonaba irritada porque estaba acostumbrado a ser obedecido, pero ella no le hizo el menor caso. Fue a sus habitaciones, situadas en el otro lado de la fastuosa mansión, una de las más ricas de aquel país donde los ricos tanto abundan.

Apenas había entrado en ella cuando vio a Jessica. Jessica se estaba probando uno de sus vestidos ante el espejo, mientras canturreaba suavemente. Ya no se preocupaba ni de disimular. Mientras la reina suplente estaba fuera, ella era una de las favoritas de Rockman. Había desplazado a Sandra de tal modo, que hasta, se permitía el lujo de entrar en el dormitorio de ésta, revolver los armarios y llevarse los vestidos que más le gustaban. En aquella especie de guerra secreta entre mujeres, Sandra sabía que ninguna de ellas tendría piedad.

Pero no demostró sus sentimientos; por el contrario, sonrió. Hizo un gesto elogioso al ver el vestido puesto sobre el cuerpo de la joven Jessica.

—Te sienta perfectamente —dijo—. ¿Lo quieres?

—Ya me lo había quedado.

—No es mala idea... Yo tampoco podía ponérmelo. ¿Vas a pasar este año, los modelos de baño de la casa Dior?

—Sí. Sólo por distraerme.

—Haces bien. A una chica tan joven y tan bonita como tú, conviene que la fotografíen y que la tengan siempre en el escaparate. Ven... Te ayudaré a ponerte bien el vestido. No te lo has ajustado por la espalda.

Jessica se acercó.

Ni por un momento supo leer la sentencia en los ojos quietos, espantosamente vacíos de Sandra.

—Así...

Sandra despegó de la parte inferior del brazo derecho de su silla, donde estaba perfectamente disimulada, la larga aguja con la que

podía defenderse en caso necesario. Sin un parpadeo, sin una vacilación, tapó con la mano izquierda la boca de Jessica y con la derecha le hundió la aguja hasta el fondo, de abajo arriba, en la columna vertebral.

Todo el cuerpo de Jessica vibró.

Llegó a levantarse del suelo.

Luego se destensó como un arco en el que dejan de hacer presión y cayó materialmente sentada en las rodillas de Sandra. Está la izó con sus fuertes brazos antes de que llegara a manar la sangre.

Con un gesto de indiferencia total, la introdujo en el armario donde estaban los vestidos y la cubrió con una docena larga de éstos. Así no se veía. Por la noche ya encontraría la ocasión de deshacerse del cadáver.

Salió de su dormitorio, con los gestos altivos de una reina.

En el pasillo había varias repisas, todas las cuales tenían depositada encima una campanilla de plata, a fin de que Sandra pudiera llamar al servicio en cualquier momento.

Hizo funcionar una de ellas enérgicamente.

Una doncella de media edad apareció enseguida, por una de las puertas.

—Señorita... —musitó.

—Di a Roland que me prepare el coche. Voy a salir. Ah... Y no entres para nada en mi habitación. Tengo allí unas cuantas cosas que no quiero que me desordene nadie.

—No, señorita.

Sandra se alejó. Sabía que no la desobedecerían, porque eso significaba el despido. Y ninguna doncella quería marcharse, después de haber probado los sueldos fabulosos que pagaba Rockman.

Un momento después descendía por uno de los ascensores y avanzaba por una suave rampa hasta el gran garaje de la casa. Había allí más de una docena de coches, pero sólo uno de ellos podía interesar a Sandra: era el único que una mujer como ella estaba autorizada a conducir. Si bien externamente era como los otros, los mandos de gas, embrague y freno, estaban situados al alcance de las manos como si se tratara de una motocicleta. El cambio era automático. Mientras conducía, Sandra podía aumentar o disminuir la presión del gas con un simple contacto sobre un aro

del volante.

Roland, que era algo así como su guardia de corps personal, la sacó de la silla de ruedas y la depositó respetuosamente en el asiento delantero del coche. Había que mirar muy bien, para darse cuenta de que éste no llevaba pedales. Todo lo demás era casi idéntico a los modelos de la misma marca.

—¿La acompaño? —preguntó.

—No, no hace falta. Conduciré yo misma.

Y salió del lujoso garaje para dirigirse por la carretera privada a la autopista que bordea el Potomac. Apenas quince minutos después estaba en Washington. Se dirigió a la conocida avenida de Pennsylvania, estacionó el vehículo en el *parking* privado del café más elegante de la capital y salió de él, moviendo ágilmente las piernas.

Andaba como una bailarina.

Maravillosas piernas.

Audaz minifalda.

Altos tacones que la hacían moverse como si estuviera en lo alto de un pedestal. Entró en el café, se sentó ante una de las mesas, donde ya la estaba esperando un hombre, y dejó que él la besara suavemente en la boca.

CAPÍTULO III

NO TE PRECIPITES, BAT LEMAN

Pese a todo lo astuta que era la mujer y pese a todo lo listo que era el hombre, ninguno de los dos se había dado cuenta de más cosa. Ninguno de los dos había advertido que una furgoneta de reparto de electrodomésticos llevaba ya más de quince minutos detenida en un *parking* privado, al nivel de la calle, sin hacer cosa alguna que pareciera útil. Ni cargaba ni descargaba. Pero en realidad, lo que aquella furgoneta estaba haciendo tenía la mayor importancia para millones de personas, en los Estados Unidos.

Detrás del cristal doble de sus puertas posteriores, una cámara filmaba todo lo que pasaba en el café, a menos de veinte yardas de distancia. Mediante un circuito cerrado de televisión, las imágenes recogidas por la cámara eran analizadas en un despacho situado a poca distancia de allí, en el mismísimo Departamento Federal de Justicia. Una comunicación telefónica, por medio de cables perfectamente instalados, permitía sostener un diálogo entre la furgoneta y la oficina ministerial. Así como las cámaras de televisión retransmiten un partido de fútbol, así aquellas otras cámaras estaban retransmitiendo lo que pasaba en el café más elegante de Washington.

El propio secretario de Justicia estaba en su despacho viendo la escena en un monitor.

Tenía dos auriculares pegados a sus oídos y un micro acoplado frente a su boca.

—No oigo bien el diálogo —dijo—. Los micros instalados en el café no funcionan correctamente.

—Lo lamento, señor —dijo el de la unidad móvil—. No sabía en qué lugar iba a sentarse Bat Lemán. Lo peor es que ahora ya no

puedo rectificarlos.

—¿Pero usted oye la conversación?

—Yo la oigo perfectamente, señor. ¿Le llega bien la imagen?

—Como si fuera un *show* musical hecho en los estudios. Perfecta. Pero necesito enterarme del diálogo. Resúame en pocas palabras lo que hablan.

—Lo grabamos en cinta, señor. De todos modos le anticipo que Bat Leman, uno de nuestros mejores agentes, está en Washington sin permiso. Debía estar trabajando en Florida y ha venido aquí en el vuelo regular de Miami sin encomendarse a Dios ni al diablo. Se ve que le interesaba mucho ver a esa mujer.

—¿Quién es ella?

—¿No la recuerda? Nada menos que Sandra Newton. Hace unos años fue proclamada *miss* Mundo.

—¿Pero no había tenido un accidente? ¿No estaba paralítica?

—Debe haberse curado. Nadie sabía nada de eso porque sale muy poco de la casa de Benny Rockman.

—Benny Rockman... —la voz sonó desdeñosamente, llegando desde el Departamento de Justicia—. Benny Rockman... ¿Sabe cuánto ha ganado ese cerdo, en el último año, con la distribución de drogas?

—No lo sé, señor. Esos datos son todavía confidenciales, supongo.

—Mil millones de dólares.

—¡Imposible!

—Es el primer distribuidor mundial y tiene enlaces en todo el mundo. ¿Por qué le extraña tanto?

—No sé... Todo lo que pase de mil dólares, me marea.

—Ese dato es sólo para que sepa con qué clase de buitres estamos trabajando. ¿De qué hablan ahora? Apenas oigo nada...

—Bat Leman le había dado una cita, por lo que se ve. Quiere avisarla.

—El muy perro...

—No se inquiete, señor. No creo que eso sea traición. Tengo la sensación de que intenta apartarla de ese mejunje, pero sin perjudicar nuestro trabajo.

—¿Ella sabe que Bat Leman es uno de los mejores agentes de la brigada antidrogas?

—Debe saberlo. Además, él mismo se lo está recordando.

—Pues sólo faltaba eso para adornarlo bien... ¿De qué se conocen?

—Por lo que he podido saber, habían estudiado juntos, aunque luego siguieron caminos bien distintos. Yo diría que Bat Leman tiene, hacia ella, una especie de compañerismo romántico. Trata de sacarla del ambiente de Benny Rockman antes de que sea demasiado tarde.

—¿Sabe que esa zorra es, o era, una de las queridas de Benny Rockman?

—Naturalmente que debe saberlo. Pero ya le digo, señor, que lo que queda entre los dos, al menos por el lado de Bat, es un compañerismo romántico. Es posible que hubiera algo más antes de que ella llegase a convertirse en *miss* Mundo, pero no han dicho una sola palabra de verse en secreto. Simplemente, él le aconseja que deje aquella casa, aquel ambiente y que se olvide para siempre de Rockman.

—¿Y ella qué contesta?

—Le dice a Bat que no se precipite.

—¿Hay alguna palabra de esa mujer que refleje complicidad? ¿Conoce la índole de los negocios de Rockman?

—Claro que la conoce. Y no será tan idiota como para sospechar que Rockman vive de esa manera, al estilo de un antiguo rey oriental, con lo que saca vendiendo libros a plazos. Sandra forma parte del séquito de bellezas de ese tipo, pero eso no es un delito. Y hasta ahora no se ha comprobado que interviniera en nada. Ni siquiera se droga.

Se oyó al otro lado del cable el suspiro de cansancio del secretario de Justicia.

—De acuerdo —dijo—. Graben bien todo lo que hablen por si ello nos permitiera tener más pruebas contra Rockman. En cuanto a Bat Leman, será destinado a una misión secundaria a París. Piaré que se le instruya un expediente, por desobedecer mis órdenes.

—Bien, señor.

La comunicación fue cortada. Las cintas continuaron grabando la conversación de la hermosa mujer y de Bat Leman, hasta que ambos salieron a la calle.

Bat la acompañó hasta su coche.

Era un hombre que no desmerecía ante una antigua *miss* Mundo. Por su parte, si hubiera sido presumido, él mismo pudo haberse presentado al concurso para *míster* Universo. Era ágil, alto, duro como la roca, con la mandíbula cuadrada y los ojos claros y varios. Pero si alguna virtud tenía Bat Lemman era la de considerar su físico sólo como una herramienta de trabajo. No estaba orgulloso de él. Necesitaba mantenerse en forma, porque de su físico dependía su vida y su pan de cada día, pero eso era todo.

No notó, en absoluto, que el coche de Sandra pudiera ser el de una inválida.

Con la portezuela abierta, susurró:

—¿Vas a hacer caso de todo lo que te he dicho? ¿Vas a apartarte de la órbita de Benny Rockman?

—Lo pensaré, Bat. Te juro que lo pensaré.

—¿Y cuándo me darás una respuesta?

Ella sonrió. Con la portezuela, aún abierta, le mostró sus piernas fascinantes. Su expresión era ingenua, cuando preguntó:

—¿Por qué asustas a una pobre chica?

—Porque no quiero que te pase nada, Sandra. Porque no quiero que tú también acabes como puede acabar Benny Rockman.

—¿Hay algo concreto contra él?

—Eso no puedo decírtelo.

—¿Secreto de Estado?

—Pongamos que es un simple secreto de mi trabajo.

Ella seguía sonriendo.

Su sonrisa era enigmática, quieta.

Pero, cosa extraña, podía parecer la de una chica tímida que se enfrenta a cosas que la asustan un poco.

—Benny Rockman no está acabado —dijo—. No hay todavía quién se lance sobre sus restos. No es viejo.

—Cincuenta años...

—Y muy bien llevados. Si lo sabré yo...

Bat Lemman se mordió el labio inferior con un gesto de amargura. Entendía perfectamente lo que significaba aquel «Si lo sabré yo»...

—Sandra —susurró cruelmente—, no eres más que una cochina zorra.

—Soy una mujer que vive de su belleza como tú vives de la violencia de tus puños. No sé qué es peor.

Él se encogió de hombros.

—No me importaría, si el dinero te lo diese otro, Sandra, pero te lo da Benny Rockman y por tanto ese dinero está manchado de sangre. Tengo miedo de que te ahogue a ti. Por lo que en otro tiempo fuimos el uno para el otro, te he pedido que te alejes de él. Dentro de un mes las cosas pueden haber cambiado tanto, que lamentarás no haber querido oírme.

—No sé... ¿No me estarás contando demasiadas cosas, Bat? ¿No faltas a tu deber?

—Ya he faltado escapándome de Miami sin permiso, aunque dudo que se haya enterado alguien. Pero es la última vez que corro el riesgo de verte, Sandra. Por favor, piensa en lo que te he dicho.

Ella volvió a sonreír.

Incitante. Agresiva.

Perversa.

Al cerrar la portezuela del coche mostró una admirable extensión de sus piernas ceñidas por las finas medias.

—No te precipites, Bat Leman —susurró—. Lo pensaré.

Y arrancó, para salir del *parking*.

Muy poco después estaba de nuevo en la fabulosa casa junto al río Potomac. Sabía que nadie la había seguido. Frenó e hizo que Roland, su lacayo particular, la tomara en brazos y la aposentara de nuevo en la silla de ruedas.

—¿Cansada, señorita?

—No... El coche me calma los nervios. No he hecho más que dar una vuelta por Washington.

Y se hizo conducir a su dormitorio, donde el cadáver de Jessica aún yacía bajo los vestidos, dentro del armario, tal como ella lo había dejado.

Mientras tanto, Bat Leman había salido pensativamente del *parking*, había encendido un cigarrillo, había comprado unos periódicos en la esquina, había atravesado la calle.

Para tropezarse casi con la furgoneta.

Y con la cara de piedra de Batterson, uno de sus compañeros.

Batterson mascaba semillas.

Le escupió una a la cara.

Leman dijo:

—Tu madre.

—Tu abuela.

Leman bisbiseó:

—Qué idiota he sido... Creí que nadie se habría dado cuenta de que faltaba unas horas de Miami.

—Pues ya ves. Televisión y todo. Retransmisión en directo. Y le escupió otra semilla a la cara.

—Tu sobrina.

—Tu portera.

—¿Para quién habéis retransmitido, Batterson?

—Para el propio secretario de Justicia.

—Pues entonces me va a caer un buen paquete...

—Sí, señor. Vas a ir a París. Vas a limpiar los cuartos de baño de los agentes que trabajan allí. Y como no hay presupuesto para bayetas, tendrás que limpiarlos con la lengua.

—Pues sí que os habéis portado como unos compañeros...

—Como lo que somos.

Otra semilla a la cara.

—Tu prima.

—Tu tía.

—¿Al menos ha salido bien la retransmisión?

—Perfecta.

—Pues esto puede ser el principio de una carrera. Gracias por «lanzarme», hombre...

—De nada.

—Tu madre otra vez.

—Tu abuela. Y lárgate de una vez a la Secretaría de Justicia, para que te larguen el paquete. Ya no me quedan más semillas que escupirte a la cara...

CAPÍTULO IV

ANTORCHA HUMANA EN LE MANS

Hoy día ya se sabe: con eso de que no hay distancias, es un asco. El amo le puede enviar a uno a comprar cigarrillos a París y limpiarle los zapatos a Buenos Aires. El «amo» de Bat Leman, que en este caso era la Secretaría de Justicia de los Estados Unidos, le envió a París a realizar misiones secundarias para los otros agentes que trabajaban en la brigada antidrogas, pagándole la mitad del sueldo y anulándole el ascenso para el que estaba propuesto por servicios distinguidos. Lo que se dice portarse como un hermano.

Pero ir a París tiene sus ventajas hasta para un hombre como Leman, que había recorrido varias veces todo el mundo. No sólo por ponerse en contacto de nuevo con las últimas novedades culturales, con los más recientes gritos de la moda, con las extravagancias más *in*. No sólo para ver las mujeres más bonitas y las librerías más bien surtidas, sino también para poder ver, en según qué época del año, las famosas 24 Horas de Le Mans. Bat coincidió con esa época y decidió no perderse la famosa carrera. Tenía varios motivos para ello:

Primero, su afición a los coches deportivos, que para él significaban, también la mayor parte del año, una herramienta de trabajo.

Segundo, estar al tanto de las novedades, en motores.

Tercero, observar el comportamiento y las reacciones de los conductores. En esos casos, un experto siempre aprende algo.

Pero además había otra razón profesional. Uno de los hombres que iban a correr con uno de los bólidos de la «Ford» era Anderson, aspirante al campeonato del mundo, en competición con los más consagrados ases. Y Anderson tenía numerosas personalidades,

además de la de corredor automovilista.

Era millonario.

«Demasiado» millonario.

Muchos le consideraban el delfín, es decir el sucesor de Benny Rockman. No había duda de que trabajaba para él.

¿Cómo?

Bat Leman lo sabía muy bien.

Importación de coches.

Bólicos para entrenarse.

Modelos especiales.

Cacharros relucientes cuyo peso no estaba homologado, es decir, que no podían compararse con otros de la misma clase en la báscula y saber si pesaban cien kilos de más. Bólicos de fino acero, cuyas juntas y cuyos pequeños secretos mecánicos no había estudiado antes ningún otro experto. Relucientes vampiros de la autopista que podían ocultar en sus panzas hasta cien kilos de heroína pura; hasta varios centenares de millones de dólares.

Sí, Bat Leman sabía eso.

Y también lo sabían los gorilas de sus jefes, los tíos gordos a los que, por razones de seguridad pública, se hubiese debido obligar a trabajar dentro de una jaula.

Lo sabía el propio secretario de Justicia.

Pero una cosa es saberlo y otra es probarlo. Sin una orden legal, no se puede registrar un coche especial cuya importación ha sido declarada como legítima. No se puede ofender a un as mundial al que esperan docenas de periodistas después de cada viaje. No se puede meter la pata ni una sola vez porque luego uno ya no puede volver a trabajar nunca.

Además Benny Rockman era lo bastante astuto para no utilizar siempre a Anderson. Éste era una pieza tan valiosa para él, que no podía «gastarla». Los coches de importación —a los que se procuraba hacer llegar ante los ojos de los periodistas, para que los agentes antidroga no pudieran camuflarlos— habían sido utilizados sólo una vez de cada cinco. ¿Pero cuál? Ése era el problema que no llevaba trazas de solucionarse nunca.

Ésa fue una de las razones por las que Bat Leman hiciera el viaje a Le Mans en el «Lotus» de uno de los agentes. Quería ver a Anderson en su propia salsa, quería verle actuar y estudiar su

comportamiento. Y, por eso a la hora de iniciarse la gran prueba, estaba en una de las tribunas principales para ver arrancar a los bólidos que buscarían durante veinticuatro horas la victoria, el prestigio y quizá la muerte.

Numerosas personalidades del París mundano estaban allí, desde algunos notables políticos hasta artistas, maniqués, publicitarios y gentes de las finanzas y el gran mundo. Bat oyó comentar que también había ido a presenciar la prueba *madame* Vanisher, la hipnotiza dora y la adivina más popular y más cara de Francia. Otra millonaria, claro.

¿Millonaria sólo por su trabajo?

¿O había algo más?

Bat había oído también rumores, aunque no conocía personalmente a aquella mujer. La imaginaba de unos cincuenta años, una sólida fortuna y un pasado misterioso a sus espaldas. El hecho de que se moviera en los círculos en que se movía Anderson le había hecho sospechar que también estaba metida hasta las orejas en el negocio de la mandanga.

Bat observó la primera vuelta.

Anderson conducía el número ocho.

Era un hermoso bólido, un ocho cilindros que tenía una fantástica estabilidad y que pasaba en las curvas a todos sus rivales, aunque flojeara algo en las rectas. Anderson lo llevaba bien, aunque uno de los neumáticos parecía estar mal montado. Los ojos expertos de Bat advirtieron que se desgastaba anormalmente, que no agarraba bien y que, al cabo de un tiempo, necesitarían cambiarlo.

No se equivocó. A las dos horas de carrera, Anderson, que estaba haciendo un recorrido espectacular, entró en los *boxes* para cambiar una rueda, justamente la que había notado Bat. Se la sustituyeron en un instante y rodó de nuevo a mayor velocidad que antes.

Su sincronización era perfecta.

Anderson formaba un todo con su bólido. Sostenía un duro duelo con dos «Ferrari» que no se despegaban de él, duelo que seguramente se prolongaría hasta el final de la prueba, pero del que quizá llegaría a salir triunfante. Durante una hora más rodó admirablemente.

Y entonces ocurrió aquello. Bat no lo entendería hasta un par de

días después, y en aquel momento se le antojó algo incomprensible, absurdo, algo que no tenía sentido. De repente, Anderson, justo delante de la tribuna principal, pareció volverse loco.

Diríase que intentaba matarse.

Hizo una maniobra absurda.

Se situó cruzado en el centro mismo de la pista.

Los «Ferrari» venían pegados a él.

El grito brotó de miles de gargantas, a la vez.

O quizá no llegó a brotar.

Quizá todo sucedió en fracciones de segundo tan breves, tan dramáticas, que cada hombre, cada mujer gritó para sus adentros sin que la voz llegara a escapar de su garganta.

El «Ford» era una barrera en el centro de la pista.

Los dos «Ferrari» venían lanzados.

Uno se desvió un poco, pero fue a costa de lanzarse contra la valla de protección, girar dos veces sobre sí mismo, rebotar al fin, hacer en el aire una trágica pirueta y estallar en forma de una horrisona bola de fuego.

El otro «Ferrari» ni eso pudo hacer.

Se estrelló de lleno contra el «Ford» de Anderson.

Se empotró materialmente en él.

Los dos estallaron al mismo tiempo, como si llevaran dos calderas en sus entrañas. Las pavesas llameantes saltaron a tal distancia que llegaron hasta el público. Se oyeron gritos de dolor y de pánico, bordeando la histeria colectiva.

Ahora sí que todo el mundo aullaba enloquecido.

El estrépito, el griterío, eran ensordecedores.

Los bomberos habían salido a la pista jugándose el tipo. Los otros bólidos pasaban entre ellos haciendo frenéticos movimientos de zigzag. Dos más se estrellaron contra la valla protectora, pero los pilotos pudieron salir por su propio pie antes de que los coches se convirtieran en bolas de fuego.

Bat mismo, estaba aterrado.

Todo aquello le parecía una película irreal, alucinante, cuyas imágenes le entraban a mazazos en el cráneo.

La pista ya se había llenado de gente.

Los restos llameantes estaban siendo apartados, aunque estaba claro que ninguno de los tres pilotos había podido salvarse. Sobre

todo de Anderson y del que chocó contra él no quedarían ni los esqueletos.

Alguien dijo junto a Bat:

—Incomprensible... Lo que ha hecho ese hombre no tiene sentido. Parece como si le hubieran hipnotizado...

«Hipnotizado...». Aquella palabra quedó como grabada en letras de fuego en el cerebro de Bat Leman.

Más de una vez la recordaría en las próximas horas. Más de una vez, aquella misma noche, convertiría su sueño en una pesadilla.

CAPÍTULO V

TODAS LAS CARAS DE LA MUERTE

Él había oído hablar de *madame* Vanisher. Claro que sí... Viajaba por todo el mundo y ganaba mucho dinero, especialmente en los Estados Unidos, donde la gente es más crédula que en la vieja Europa, y más propensa a creer en adivinos y brujas; así como en fundadores de religiones extrañas. *Madame* Vanisher había conseguido la fama en sólo dos o tres años, pues era, por decirlo así, nueva en la profesión. Tenía «algo» que llamaba poderosamente la atención a la gente aunque Bat Leman, que no la había visto nunca, no podía saber lo que era.

Una cosa resultaba evidente, sin embargo, y era que la extraña e inquietante mujer había estado allí. Y que si se ganaba la vida ejerciendo fenómenos de hipnosis, no resultaba imposible que hubiera llegado a influir por un momento, durante breves décimas de segundo, en la voluntad de un hombre que pasaba frente a ella aferrando entre las manos el volante de un bólido.

No, no resultaba imposible, aunque él personalmente no acabara de creer en aquello. Pero hacía falta empezar a investigar por algún sitio, y aquél era tan bueno —o tan malo— como cualquier otro.

Sus recuerdos le indicaron que *madame* Vanisher vivía en París. Tenía casas también en otros sitios, como Toronto y Zurich, pero pasaba en la capital francesa gran parte del año. Se había desplazado a Le Mans sólo para ver la carrera —¿o para algo más?— y luego habría regresado a París. De modo que Bat decidió hacer el mismo trayecto.

El «Lotus» que había dejado aparcado aquella misma mañana en las afueras de la población le esperaba aún, con el brillo de sus

cromados impecables y el inmaculado color blanco de su carrocería. Bat Lemán se sentó ante el volante y dio gas. Aspiró hondamente, mientras entrecerraba los ojos.

Tuvo suerte en una cosa.

En que el «Lotus» fuera descapotable.

De otro modo no hubiera podido salir de allí, no hubiera podido dar aquel salto fantástico e instantáneo con que se despegó del vehículo en fracciones de segundo, cuando notó aquel leve «tlic», confundido con el ruido regular de los cilindros.

La explosión le ensordecía. Todo el valioso «Lotus», uno de los coches más caros del mundo, saltó hecho pavesas. El depósito de gasolina se convirtió en una pura llamarada. Una décima de segundo de vacilación, un salto defectuoso o simplemente menos rápido, habría hecho que el cuerpo de Bat Lemán estuviese ahora entre aquellas planchas de acero retorcidas, entre las llamas crujientes, convertido en un amasijo de huesos.

El joven dio varias vueltas sobre sí mismo, sobre la hierba, mientras respiraba afanosamente.

Aún le parecía imposible tener todos los huesos enteros y haberse salvado de aquello. Dirigió una mirada de pena al «Lotus», coche con el cual se había encariñado, porque funcionaba a las mil maravillas. Le dolía su pérdida, le dolía todo aquello. Pero peor le hubiera sabido perder su piel, porque para ésta no venden, en ninguna parte, piezas de recambio.

No se detuvo demasiado en averiguaciones. Lo primero que hizo fue alejarse a toda prisa de allí, para evitar que le interrogaran. Y aquella misma noche tomó el expreso para París, mientras pensaba en una sola cosa.

En que la guerra, una guerra sin piedad y a muerte, había sido declarada. ¿Pero contra quién...?

La casa estaba cerca del hipódromo de Longchamps. Rodeada de jardín, con garaje privado para cinco coches por inquilino, con sólo cuatro pisos que eran cuatro palacios, uno se preguntaba hasta qué punto hacía falta estar podrido de plata para pagar todo aquello y no quedarse sin comer todo el resto de la vida. Pero *madame* Vanisher, a base de adivinar el futuro, había adivinado tal vez que el dinero no iba a faltarle nunca.

Un portero uniformado le dijo que no podía pasar. Bat Leman lo levantó por las solapas, lo colgó por el cuello de la americana de un adorno que salía de la caja del ascensor y le preguntó a continuación si podía pasar o no. El otro ya no dijo nada.

A la doncella que le abrió la puerta, no hizo falta dedicarle tantas atenciones. Era una indonesia suave y menudita, que al ver a Bat Leman dijo que sí y que sí, aunque él aún no le había preguntado nada. Y cuando él, simplemente, siguió hacia delante, ella murmuró desengañada que todos los hombres eran un asco y que de verdad ella había creído que él venía para otra cosa.

Todo el inmenso piso estaba amueblado con un gusto exquisito y con objetos valiosos traídos de las cinco partes del mundo. Detrás del gran salón había unas enormes puertas cristaleras por las que se salía a un verdadero jardín, pese a que el apartamento ocupaba una cuarta planta. Y para que no faltase nada, había, incluso, allí, una piscina de aguas azules y límpidas; una piscina en forma de corazón, más o menos como el que debía tener la mujer que tomaba plácidamente el sol junto al agua.

Bat Leman, con las manos en los bolsillos, se apoyó en la baranda de la escalerilla. Miró las piernas de campeonato, la cintura cimbreante, los ojos profundos y quietos, la delantera que era mejor que la de un *sport* «Mercedes Benz». Miró también el bikini, pero éste tenía muy poco que ver, porque se terminaba enseguida.

Bat Leman murmuró:

—Bonita jaula, ¿no?

La mujer le miraba fijamente.

—Preciosa.

—No parece que uno viva en París. No parece que uno viva en la ciudad donde una cuarta parte de las casas, aún no tienen agua corriente. Todo esto es precioso, ¿no? El hipódromo de Longchamps. Verde por todas partes. El sol que llega limpio y sin tapujos. Maravilloso, nena; así da gusto vivir. Hala, hala, dile a tu mamá que salga.

Ella parpadeó, mientras le miraba con una levísima sonrisa, en sus carnosos labios.

—¿Mi mamá?

—Sí: *madame* Vanisher.

—*Madame* Vanisher soy yo.

Bat Lemman retiró una mano de su bolsillo y se la pasó por la boca. Bueno, aquel golpe se lo habían dado en el hígado, y además, de lleno. Excelente impacto. No hubiera podido ni imaginar siquiera que la fabulosa *madame* Vanisher fuera aquella chiquilla de apenas veintidós años, con curvas como para volverle los ojos al revés a uno, con aquella delantera y aquella defensa. Sólo aquellos ojos quietos, misteriosos, profundos, le indicaba que no todo era fachada, y que había además algo inquietante en el interior de su palacio de carne.

Ella se puso en pie. Así, aún resultaba más soberana que echada. Le indicó una habitación también con cristaleras, abierta, que había al lado de la piscina.

—Pasa, Bat Lemman.

El aludido tragó saliva bruscamente.

—¿Cómo sabes quién soy?

—Adivino el porvenir, ¿no?

—Mi nombre más bien pertenece al pasado.

—Es que tu pasado también me resulta familiar. Tanto, que creo que me conviene ponerme un poco de ropa encima.

—Sabes muchas cosas de mí. ¿Incluso todo lo que se relaciona con las mujeres que he conocido?

—Todo.

—¿Y sabes por qué estoy aquí?

—Por el accidente de ayer.

Él se sentó cómodamente en una de las butacas tapizadas con auténtica piel de tigre. Miró negligentemente a la mujer que, en efecto se estaba poniendo alguna ropa encima. Pero aquello era un *strip-tease* al revés. Uno ya no sabía, al cabo de unos momentos, dónde estaba. Y si aquél era el modo de dominar las voluntades que tenía *madame* Vanisher, a Bat Lemman no le extrañaban nada sus éxitos.

Mientras ella se tensaba una media, susurró:

—No fui yo.

—¿Puedes influir en la voluntad de un hombre con esa rapidez?

—No. Me es imposible.

—¿Qué haces para dominar la voluntad de otro?

—En primer lugar necesito conocer muy bien su pasado y las tendencias que tiene. Una no puede ordenar a otra persona nada

que vaya en contra de sus instintos, del mismo modo que no hace en sueños nada que sea incapaz de hacer despierto. Por otra parte, necesito mirar a esta persona a los ojos durante mucho rato, e ir influyéndola poco a poco con mis palabras. Es imposible que influya en el ánimo de un corredor que pasa por delante de mí a no menos de doscientos diez por hora.

—Pudiste hacerlo antes —acusó Bat Leman.

—No. Eso también sería imposible. Para cuando todo ocurrió, él ya se habría librado de mi influjo. Y además... Además, yo no amo la muerte, sino la vida.

Se acercaba suavemente a Bat Leman. Ya había terminado de vestirse. Puso una rodilla en el brazo de la butaca donde él tenía apoyada la mano.

Bat la miró fijamente.

—¿Te has vestido solo para darme trabajo luego? —preguntó sin rodeos.

—Tú no estás pensando en eso, Bat Leman. Tú no me miras como mujer. No miras mi cuerpo, sino una mínima parte de él: miras mis ojos y tratas de preguntarte si digo la verdad, si no he sido yo la que he provocado, dominando la mente de un solo hombre, esa catástrofe terrible.

—Es cierto.

—Bien... te repito que no he sido yo. Jamás había visto a aquel hombre.

La mujer le miraba fijamente.

—¿Por qué fuiste allí? —preguntó él.

—Me gustan las carreras de coches. Por un curioso contraste, amo todo lo que es moderno. Mi profesión se basa en conocimientos viejísimos, tan viejos como el fondo de los siglos. Y, a veces, los conocimientos que me han transmitido seres que murieron cinco mil años atrás, me abruman. Para liberarme, acudo a la velocidad de un coche de carreras o al vértigo de un avión. Eso es todo.

Seguía mirándola fijamente; le envolvía con el perfume de su piel.

—¿De modo que sólo estabas allí como una espectadora más?

—Eso es.

—¿Y qué conclusión has sacado de lo que ocurrió?

—Ninguna, salvo que al piloto número ocho le ocurría algo. No

al coche, sino a él. Eso es evidente.

Bat Leman asintió.

Sus ojos seguían clavados en los ojos de la mujer.

Ella ordenó, de pronto:

—Levántate.

Su gesto era de dominio. Su mirada, terriblemente fija recordaba la de una serpiente.

Hipnotizaba.

Parecía como si el aire se hubiera estancado, como si no corriera un soplo de brisa, como si nada tuviera color, como si en el mundo sólo existiera la mirada penetrante de aquellos ojos.

Bat se puso en pie, tal como ella le mandara.

—Y ahora márchate. Olvida todo esto. Deja que tus pensamientos se renueven, que el viento se lleve esa pesadilla. Tú nada has visto... Nada ha ocurrido, ¿comprendes...? Nada has visto... No hubo muertos, ni accidente, ni misterio... Nada sucedió...

Su voz era insinuante, suave. Bat Leman estaba extrañamente quieto. Sus ojos carecían de expresión. Los brazos caían sin fuerzas, a lo largo del cuerpo.

—Lo has ido olvidando todo... Lo has olvidado todo... Y ahora vete... Vete...

Pareció como si Bat Leman fuera a marchar.

Pareció como si ella le hubiera dominado con el influjo magnético de sus ojos.

Pero lo que ocurrió a continuación la dejó atónita. Y lo que ocurrió a continuación fue sencillamente que los brazos poderosos del hombre la rodearon por la cintura, y que el cuerpo poderoso del hombre se pegó al suyo, y que la boca poderosa del hombre besó su boca.

Madame Vanisher estaba anonadada.

Y sólo cuando pudo recobrar la respiración, murmuró:

—Es la primera vez que me ocurre.

—¿La primera vez que te ocurre qué...?

—El que alguien me dé gato por liebre. El que esté yo hipnotizando a un tío que, mientras tanto, piensa dónde me va a besar.

Bat Leman la soltó lentamente.

—Nadie me ha hipnotizado aún, muñeca. Pero como experiencia ha sido interesante. No dudo que con otros hombres, de mente menos entrenada, lo conseguirás. Y ahora dime algo que necesito saber. Dime cómo sabes quién soy yo.

—Pues...

—No me expliques que lo has adivinado, porque no lo voy a creer. Hay cosas que la gente no adivina, preciosa.

Ella balbució apenas, otra vez, como buscando la respuesta:

—Pues...

Fue lo último que dijo.

De pronto, todo su cuerpo recibió aquella sacudida, aquella crispación extraña, aquella maldita vibración que se transmitió a las manos del hombre.

Bat Lemán notó enseguida lo que había sucedido. La volvió velozmente.

Ya nada podía hacer por ella. Y su muerte, la muerte de aquella hermosa mujer iba a ser la más extraña y brutal que él hubiera imaginado nunca.

Con un rifle especial que debía funcionar a base de aire comprimido, alguien había disparado una pequeña cápsula cuya punta era simplemente de gelatina. La cápsula se empotraba muy poco en la piel de la víctima, pero sí lo suficiente para que la araña venenosa que iba dentro de ella quedara materialmente clavada dentro de la carne. La araña picaba rabiosamente, se ahogaba en su cárcel de sangre. Y Bat Lemán aún pudo ver sus patas repugnantes moviéndose bajo la piel de la hermosa mujer.

Conocía lo bastante acerca del veneno de aquellas arañas, para saber que era casi imposible hacer nada, cuando se había mezclado ya con la sangre; y mucho más en una zona tan peligrosa como era la espalda, junto a la nuca y las grandes arterias que pasan por ella. Pero no perdió un segundo. Extrajo de una de sus llaves falsas una punta acerada, que podía funcionar como un puñal, y trazó una profunda sutura en la piel. El repugnante bicho salió junto con un chorro de sangre. Bat Lemán no tuvo inconveniente en absorberla y escupir rápidamente, como se hace en el caso de la picadura de una serpiente.

Pero eso no iba a bastar. Necesitaba un antídoto, si es que lo había en París. Tal vez algún laboratorio podría enviárselo, si

avisaba por teléfono. Aún disponía de unos minutos, hasta que los efectos letales fueran irremediables sobre el organismo de la hermosa mujer.

Buscó con los ojos un teléfono. No lo había en la habitación.

Salió, mientras llamaba a voces a la sirvienta. No conocía su nombre, pero las voces eran lo bastante expresivas para que ella acudiera. Y, sin embargo, no acudió.

El joven lanzó una salvaje imprecación.

De pronto, la había visto.

Estaba sentada en el suelo, con todas sus hermosas piernas al descubierto. Debía haber resbalado sobre la pared en la que aún estaba apoyada su espalda. Estaba muerta, pero no fue eso lo que horrorizó literalmente a Bat Leman.

Fue la clase de muerte.

La araña había sido disparada contra su cara y desde poca distancia; de modo que penetró profundamente en ella. El repugnante insecto aún se movía en su cárcel de carne. Bat no pudo resistir aquella terrible visión, a pesar de que se había encontrado en las suficientes situaciones crueles para que ya nada le impresionase.

Extrajo su pistola achatada, que llevaba en la funda axilar y que estaba provista de un silenciador ultracorto, y disparó una sola vez. No causó ningún daño a la chica, al empotrarle aquella bala en la cara, porque ya estaba muerta. Pero la araña quedó materialmente pulverizada debajo de lo que había sido su precioso rostro.

En aquel momento, la sensación de peligro le erizó la piel, le produjo como una sacudida en la médula de los huesos.

Bat saltó.

Fue instantáneo.

Se inclinó, mientras aquella especie de taponazo sonaba a su espalda. La cápsula pasó junto a él y se empotró en la pared. Al chocar en superficie dura, la araña quedó deshecha.

Bat Leman disparó sin girarse, por debajo de su codo.

El hombre que estaba tras él, provisto de un corto rifle, que parecía de juguete, no pudo hacer otra cosa que lanzar un gruñido. Un botón rojo acababa de aparecer en la mitad de su frente. Dio una voltereta hacia atrás y cayó. Sólo por la forma de contorsionarse en el suelo, Bat Leman comprendió que su enemigo

ya no necesitaba nada más.

Pero aquel tipo no estaba solo. Había otro en la terraza, junto a la piscina.

A éste quería cazarlo vivo. Necesitaba a alguien que cantase ópera aunque fuera a base de arrancarle la piel a tiras. Cruzó instantáneamente las cristaleras y se abalanzó sobre su enemigo, que trataba de huir.

Ya no tenía tiempo de utilizar el rifle, y por eso lo había soltado. En su lugar brillaba un largo cuchillo en su mano derecha.

Pocas veces Bat Leman había sentido tanta rabia, tanto odio.

No empleó la pistola para disparar, sino que con su cañón golpeó un pómulo de su enemigo. Éste lanzó un sordo grito. Un rodillazo en la entrepierna le hizo estremecerse. Bat Leman estaba decidido a acabar por la vía rápida; nada de golpes nobles con un tipo como aquél. Pero, a continuación, tuvo que agitarse brutalmente porque ya el cuchillo iba en busca de su vientre.

Soltó la pistola para tener más libertad de acción. Y sujetó la mano derecha de su enemigo.

La contorsión hizo que el otro lanzase un grito de angustia. Se dobló hacia atrás y quedó tumbado en el borde de la piscina. Bat le sujetó por los cabellos y le introdujo la cabeza en el agua.

—¡Habla!

El otro boqueaba angustiosamente.

—¡Vas a decirme quién te manda hacer esto! ¡Suéltalo de una vez! ¡Dilo o te hago pedazos!

Alzó la cabeza de su enemigo, que ya tenía la mirada extraviada. Sólo emitió unos gruñidos ininteligibles.

—Muy bien... Yo no tengo prisa.

Le volvió a empujar la cabeza hacia atrás, introduciéndola en el agua. El otro empezó a patear frenéticamente. Se ahogaba. Con una mirada patética le indicó que iba a hablar.

Bat Leman tiró de él.

—¡Vamos! ¿Quién te manda? ¡Di rápido su nombre! ¡Escúpelo!

Pero el otro no contestó. Respiraba ansiosamente. Bat Leman se dio cuenta de que lo único que quería era ganar tiempo.

—Muy bien... ¡Abajo!

Volvió a empujar la cabeza. Sus músculos de acero dominaban las contorsiones desesperadas de su víctima. Y, de pronto, Bat

Leman tuvo como un espasmo de horror.

La araña estaba allí, junto a él.

Flotaba en el agua.

Iba a morder la mano con que sujetaba los cabellos de su enemigo, y, por lo tanto, no tuvo más remedio que soltarlo. La araña trepó ágilmente al cuello del hombre que, medio exánime, aún no había logrado salir del agua. La picadura le hizo estremecer.

Bat Lemman no comprendía de dónde podía haber salido aquel bicho, hasta que el ruido de unas aspas que se acercaban le hizo alzar la cabeza. Vio entonces al helicóptero que daba rápidas vueltas por encima de la casa. Como desde él era casi imposible hacer una puntería certera, habían disparado sobre el agua, lo más cerca posible de ambos. La araña, al nadar hacia la orilla, encontraría sus cuerpos, como así había sucedido en realidad.

Ahora el helicóptero daba otra pasada. Podían ametrallarle desde él, aunque lo más probable era que aquellos buitres prefirieran una muerte silenciosa, sin ruido. Pero también para eso hay medios. Una sola de aquellas malditas cápsulas que le acertara y...

Dio un tremendo salto.

Su cuerpo atravesó el hueco de las cristaleras, mientras el helicóptero perdía altura. Estando bajo techo ya no podían hacerle nada, a menos que lanzaran una bomba, una cosa muy improbable. En efecto, el ruido de las aspas se alejó. Bat Lemman lanzó una ronca imprecación y contrajo las mandíbulas, mientras masticaba su propia rabia.

Volvió a salir a la terraza y descargó toda su pistola contra el aparato que se alejaba, pero ése era un gesto más simbólico que eficaz. Un arma corta no servía para dañar nada a aquella distancia.

Cuando los taponazos hubieron cesado y el percutor golpeó en el vacío, Bat Lemman suspiró con desaliento.

Se sentía cansado, terriblemente cansado, pese a que todo aquello había durado sólo unos minutos.

Otra vez estaba sin pistas y rodeado de muertos. Pero una idea terrible, una idea a la que no quería dar nombre, empezaba a crepitar en su cabeza.

CAPÍTULO VI

UN TRUENO EN LA LEJANÍA

Pasaba de la medianoche cuando Sandra, inclinándose ágilmente pero sin abandonar su silla de ruedas, dejó caer el cuerpo de Jessica al fondo del pozo donde ya reposaba el del hombre al que había matado aquella mañana, a causa de la oscuridad no se veía ni rastro de Galland, pero ella sabía que tampoco se veía a pleno sol, a causa de la especial configuración de aquel pozo. Oyó el choque de los restos de Jessica al hundirse envuelta en los vestidos con los que la había tapado. Luego aguardó unos instantes, aspiró el aire quieto que flotaba en torno suyo y acabó tapando sólidamente el pozo. Todo volvió a tener el aspecto normal que había tenido minutos antes.

Sandra hizo girar su silla de ruedas.

Se movía casi con tanta agilidad, como una mujer que pudiera servirse de sus propias piernas.

Al fondo, más allá de la arboleda, la fantástica casa estaba iluminada, pero la zona íntima en que ella se movía ahora quedaba rodeada por una discreta penumbra. Avanzó por el sendero y escuchó el rumor del agua que aún estaba siendo renovada en la piscina.

Pensó que aquello quizá llamaría la atención y se acercó para detener los motores.

Luego regresó hacia la casa, siempre manejando hábilmente su silla de ruedas.

Miró los sólidos muros, tan brillantemente iluminados como los de un monumento nacional. Algunas veces se había preguntado por curiosidad cuánto valdría la casa y todo lo que había en ella, pero llegaba un momento en que las cifras la mareaban. Y sin embargo...

Sin embargo, le convenía saber el valor, porque ella confiaba en que muy pronto todo aquello sería suyo.

Al final del sendero había una plazoleta con una fuente rumorosa. A causa de sus viajes por todo el mundo, Rockman había hecho copiar en su mansión los lugares que más le habían impresionado. Aquella plazoleta imitaba un lugar de Zurich. Sandra fue a atravesarla sin detenerse, pero, de repente, sus dedos se crisparon junto a las ruedas.

Acababa de ver surgir una sombra.

Tragó saliva con una contracción.

El pensamiento de que alguien podía haberla descubierto la hizo estremecer durante unos segundos. Pero no. Estaba segura de que no podía haberla visto nadie. Entrecerró los ojos con un gesto de superioridad y de desdén, al reconocer al hombre que se acercaba a ella.

Roland, el que cuidaba de su coche particular, acababa de aparecer entre las sombras. No era normal que estuviese allí, puesto que aquél no era su sitio. Hizo un gesto respetuoso ante Sandra, aunque ella notó en sus ojos una expresión entre ansiosa y dura, casi desconocida.

—¿Qué pasa? —preguntó secamente—. ¿Qué haces aquí, Roland?

—Quería hablar con usted, señorita Sandra.

—¿Hablar? ¿De qué?

—De su coche.

—A mi coche no le pasa nada.

—Oh, perdone... Pero sí que le pasa.

Ella hizo un gesto áspero.

—En todo caso, no hay que discutirlo aquí. Pídeme permiso mañana para venir a verme y tal vez hablemos. Ahora vete. ¡Largo de aquí! ¡Fuera!

Lo trataba despóticamente, como se trataba en otro tiempo a los criados más humildes.

No en vano ella había sido la favorita del gran Rockman, la dueña de todo aquello, aunque ahora hubiese ya una reina sustituta.

Pero Roland no se movió.

Al contrario, seguía mirándola con aquellos ojos impertinentes y donde palpitaba una lucecita tan distinta de las otras veces.

—Es que necesito que hablemos ahora —dijo—. Tiene que ser «ahora», señorita Sandra.

—¿Por qué?

—Su coche, cuando ha sido devuelto al garaje, tenía una mancha.

—¿Y qué? Sólo faltaba que tuviera que preocuparme de eso. Estás tú para limpiar las manchas de la carrocería, desgraciado. Aunque sea con la lengua.

—Es que esa mancha no estaba en la carrocería, señorita Sandra.

—¿Pues dónde?

—Dentro.

Ella se encogió de hombros. Cada vez entendía menos aquello y cada vez la conversación le fastidiaba más. Preguntó con voz ronca:

—¿Y qué me importa si estaba dentro o fuera? ¡Vete al diablo...!

—Es que la mancha de que le hablo era de barro, señorita Sandra. Un poco de barro. Justo en el sitio donde usted pone los pies.

Ella se estremeció, un momento.

Ahora su voz era mucho menos segura.

Bisbiseó:

—Y eso... ¿qué tiene que ver?

—Mucho, señorita Sandra. Yo ya había observado algunas cosas extrañas, porque soy el hombre que está a su servicio directo y el que la conoce mejor. Pero las pequeñas manchas de barro me lo han confirmado. Ellas prueban que usted bajó del coche... en un momento en que no llevaba su silla de ruedas.

Sandra encajó el golpe en silencio. Su cerebro ágil, despierto, se dio enseguida cuenta de la situación. Una presunta paralítica como ella, podía conducir un coche preparado, pero no podría jamás bajar de él. Ninguna de las explicaciones más o menos absurdas que pudiera inventar, convencería a Roland. Por lo tanto, musitó:

—¿Qué es lo que pretendes?

—Que me diga la verdad, señorita Sandra.

—La verdad no te importa.

—Tal vez sí que me importe. Bastante tiempo después del accidente, fue usted una paralítica parcial, de eso no hay duda, pero ahora está curada y sin embargo, no se lo ha dicho a nadie. ¿Por qué? ¿A quién trata de engañar? ¿Qué pretende?

Ella le miraba fijamente, con una fijeza casi hipnótica. Sus dedos se crisparon con terrible fuerza sobre los brazos de la silla.

—Eso no te importa, Roland —dijo con suavidad—. Es cosa mía. Dime solamente lo que pretendes sacar.

—Pues verá... Más vale que hablemos de eso con calma.

—Habla.

El otro vaciló. No había tomado ninguna precaución, puesto que la consideraba inofensiva. No sabía nada de ella, excepto que ya no era paralítica. No era gran cosa, al fin y al cabo... Sandra apretó los labios e insistió:

—Habla.

—Pues verá... Supongo que si usted engaña al patrón, es porque trata de hacerle alguna jugada.

—Muy bien. Supongámoslo.

—Debería decírselo...

—¿Y por qué no lo haces?

—Verá... el patrón está algo raro, últimamente. Los negocios van muy bien, pero él no parece el mismo. Le noto algo desinteresado de todo...

—Quizá esté algo cansado, pero eso no impide que conozca la verdad. Hala, suéltasela. Escúpesela a la cara.

Roland negó, con un suave movimiento de cabeza.

—¿Y qué ganaría con eso? —preguntó—. ¿Una medalla? No, señorita Sandra; yo puedo obtener algo más a cambio de lo que sé. Por ejemplo, usted es muy rica.

Sandra preguntó, secamente:

—¿Cuánto?

—Pues...

—¿Cuánto?

—Veinte mil... por ahora.

Sandra se encogió de hombros. Aquella cifra no parecía significar gran cosa para ella.

Alzó un poco la mano derecha.

—Vamos al garaje —dijo—. Quiero discutir eso.

—De acuerdo, señorita Sandra. Vamos.

Los dos se dirigieron por un camino privado a la parte posterior del garaje. Ella iba en su silla de ruedas, a pesar de que con Roland no valía la pena disimular ya. Penetraron en silencio en aquel

mundo hostil y silencioso, donde sólo brillaban quietamente las carrocerías de los coches. Sandra musitó:

—¿Has limpiado las manchas?

—Sí, señorita Sandra.

—A verlo.

Roland abrió la portezuela izquierda del coche. Se inclinó un poco. Ni por un instante llegó a imaginar que aquello pudiera representar un peligro para él.

La cajita que había bajo el brazo derecho de la silla de ruedas se había abierto silenciosamente. Sandra extrajo, con dos movimientos hábiles y precisos, el largo estilete que tenía forma parecida a la de un bisturí. Lo movió hacia adelante con un gesto seco, apuntillando con una fuerza increíble la nuca de Roland.

Éste ni se enteró.

Llegó a abrir la boca, pero de ella no surgió ni una sola palabra.

Cayó pesadamente, con medio cuerpo dentro del coche. Sandra se levantó entonces, le subió el cuello de la americana para que empapase las pocas gotas de sangre que estaban brotando y lo cargó sobre sus hombros. La fuerza que demostraba era poco común. Pero es que una chica que durante un año o más se ha movido en una silla de ruedas, también desarrolla una fuerza poco común en los brazos.

Sandra conocía muy bien el inmenso garaje, de modo que buscó un sitio donde ocultar el cuerpo durante un par de días, hasta que empezase a despedir hedor. Luego ya encontraría un lugar más apropiado. Sus ojos descansaron en un vehículo que estaba en reparación y que sólo Roland tocaba.

Abrió el portaequipajes.

Depositó el cuerpo allí y volvió a cerrar, llevándose la llave. Al día siguiente diría que Roland le pidió permiso y que se lo había concedido, puesto que el chófer dependía de ella. Luego volvió a ocupar la silla de ruedas.

Fue entonces cuando oyó el trueno, de nuevo.

Aquel trueno lejano.

Un trueno que no salía de ninguna parte.

Y de todas a la vez.

Un trueno que llenaba el espacio...

Haciendo girar las ruedas, la hermosa mujer salió fuera del

garaje y miró hacia arriba. No entendía nada, porque el cielo estaba maravillosamente estrellado. Otras dos veces había escuchado el trueno en días de purísimo cielo azul, pero ahora, por primera vez, lo escuchaba también en una noche tachonada de estrellas.

¿Qué significado tenía eso? ¿Qué sentido le podía dar? ¿De qué rincón del infierno brotaba aquel extraño sonido que no tenía ninguna lógica?

Pensativamente volvió a la casa y situó la silla en uno de los ascensores especiales. Era verdad que el gran Rockman estaba raro últimamente, pensó mientras subía. Como ausente de los demás, como concentrado en sí mismo... Pero eso le pasaba siempre que preparaba alguna de sus grandes jugadas. No había que inquietarse por eso.

Y ella menos que nadie.

Una sonrisa burlona afloró a sus labios.

El gran Rockman...

Ella le haría pagar muy pronto el haberla sustituido. Ella le recordaría que a una mujer como Sandra no se la arrinconaba para sustituirla por otra.

Penetró en su dormitorio y ordenó bien los armarios. Luego se entretuvo leyendo aquel volumen de la *Historia del Arte*, segunda parte del que devolvió a Rockman. Leyó:

«... Las otras mujeres sacrificadas en el funeral también iban fantásticamente enjoyadas. Los soldados llevaban puesto el casco y tenían sus armas. Una muchacha, que debía ser la arpista de la reina, tenía el instrumento apoyado en el pecho, como si debiera tocar eternamente. Todas las víctimas de aquella matanza ritual habían sido arregladas con decente compostura. Había, además, vasos de oro y plata, arpas, cofres y tableros para un juego semejante al ajedrez, todo de oro, cristal de roca y nácar...»

La muchacha cerró el libro. No sabía bien por qué, pero aquel texto la obsesionaba. Entornó los párpados y poco a poco, pensando en él como una pesadilla, se fue quedando dormida.

CAPÍTULO VII

¿UNA EXPLICACIÓN?

Bat Lemman atravesó la pequeña puerta y se introdujo en el estudio privado del director Michel Sardou. El director Michel Sardou no figuraba en ningún escalafón cinematográfico más o menos oficial, ni constaba en ninguna historia del cine. Seguramente no constaría en ellas jamás, aunque eso era el tiempo el que había de decirlo. Sardou era, por el momento, un verdadero *free-lancer*, un hombre que trabajaba según sus métodos y a su modo, filmando lo mismo las costumbres de una tribu del Amazonas que una prueba deportiva como las 24 Horas de Le Mans. Claro que lo que le daba dinero no era eso, sino algunas películas cortas de señoras y señores en la cama. Pero ésa era otra cuestión. Y lo que iba a ver Bat Lemman no era precisamente una película de esa clase.

Sardou le hizo sentar ante la pantalla, en la pequeña sala para exhibiciones privadas. Mientras le ofrecía un cigarrillo, musitó:

—Es el trozo de la película que ha salido peor, pero de todos modos, si tiene interés en verlo, se lo pasaré dos o tres veces. La exhibición le costará cien francos.

Bat Lemman los pagó.

No le importaba el gasto, si allí encontraba lo que esperaba ver. Estaba seguro de que si alguien había intuido el accidente, si alguien había logrado filmar las secuencias que precedieron a aquella especie de catástrofe de que aún hablaba toda la Prensa deportiva mundial, ese alguien tenía que haber sido Michel Sardou. De modo que se dispuso a ver el documental con todos los sentidos en tensión.

Había muchos trozos perfectamente normales.

Otros eran de gran brillantez. Sardou había obtenido enfoques y planos que muy pocos profesionales de hoy día hubieran podido obtener. Se olvidaba de todas las normas y todas las rutinas. Algunos planos tomados casi entre las ruedas, jugándose el tipo y contraviniendo las ordenanzas de la policía, eran escalofrantes.

Bat tensó los músculos.

Había visto el número: el 8.

Y las ruedas.

El perfecto enfoque, aunque pasaran con enorme rapidez, le permitió notar que estaban perfectamente infladas y equilibradas. Otro quizá no lo hubiese notado, pero él sí. Dos pases más le convencieron de que no se había equivocado: el mortal accidente de Anderson no pudo deberse a un reventón.

Pues entonces, ¿a qué?

Michel Sardou susurró:

—Mire, ése es el momento. Ahí llega.

Los ojos de Bat se prepararon para captar la escena, con la velocidad y la precisión de una cámara ultrarrápida. Vio el bólido de Anderson que venía lanzado. Distinguió las ruedas, en las que no se apreciaba ninguna anormalidad. Y, de pronto...

Las escenas alucinantes, sangrientas, le devolvieron otra vez el momento de la tragedia. Michel Sardou no notó nada, en parte a causa de los defectos de enfoque, y es posible que otro tampoco lo hubiese notado, pero Bat había podido leer la historia del accidente en sólo unas imágenes. Se hizo pasar los planos otra vez a cámara lenta. Luego musitó:

—Gracias.

—¿Algo de interés?

—No, no es lo que yo esperaba.

—Lo siento... Pero lo que más lamento es que la precipitación me impidiera filmar bien. Es una lástima que los nervios y la emoción del momento me traicionaran. Es que la confusión era indescriptible, usted ya lo recuerda... En fin, ya es tarde. Si esos planos me llegan a salir bien, hubiera podido vender la película a un precio fabuloso.

Bat cabeceó afirmativamente.

Volvió a dar las gracias al director y salió.

Mientras caminaba en silencio por las calles solitarias de París,

que dan al Panteón, pensaba una y mil veces en lo mismo: la muerte de Anderson había sido provocada. Había visto perfectamente en dos planos cómo la rueda estallaba por un punto, haciendo que el coche perdiera la dirección y se cruzara en el centro de la pista. Eso, para Bat Leman, significaba una cosa: dentro de la estructura del neumático había un pequeño explosivo térmico, es decir que funcionaba con el calor. Ese explosivo tenía una potencia mínima, pero la suficiente para hacer que el neumático volase. Y Bat recordaba perfectamente que al coche de Anderson le habían cambiado una rueda mal equilibrada, una rueda que era precisamente la que estalló después. El mecánico que hizo aquello había sido un asesino que seguramente cobró una fortuna por su repugnante cadena de crímenes. ¿Pero una fortuna de quién? ¿Qué persona había pagado? ¿Quién ganaba algo con la muerte de Anderson? ¿Qué confabulación monstruosa existía detrás de todo aquello?

Le era imposible entenderlo.

Pero Rockman había perdido a uno de sus mejores auxiliares, a un hombre que era casi imposible sustituir. Por fuerza debía haber acusado aquel golpe que le significaría una pérdida de muchos millones de dólares al año.

Salió a la rue Soufflot.

La cabeza le dolía de tanto pensar, de tanto dar vueltas a aquel maldito asunto sin salida.

Cerca del bulevar Saint Michel, compró un periódico. Éste hablaba, ¿cómo no?, de la reciente catástrofe de Le Mans.

Y daba una noticia en verdad sorprendente:

«El millonario Rockman ha hecho que el cadáver embalsamado de Anderson salga en avión rumbo a los Estados Unidos.

»Ha conseguido un permiso especial del Gobierno, para que los restos del famoso corredor automovilista descansen en los jardines privados de la mansión que Rockman posee junto al río Potomac.»

Bat Leman guardó el periódico.

Sus ojos se habían empequeñecido a causa de la concentración con que pensaba. Sus ideas iban mucho más allá. *Madame*

Vanisher, como Anderson, también estaba metida en el oscuro mundo de las drogas manejado por Rockman y había muerto igualmente. ¿Qué pasaría con la actual favorita del millonario? ¿Qué iba a ocurrir con la radiante *miss* Mundo, a la que era posible encontrar en Londres?

Bat Leman no podía creerlo.

Pero aquella idea alucinante, sin sentido, estaba entrando en su cerebro poco a poco.

CAPÍTULO VIII

LAS EXTRAÑAS NOCHES DE LONDRES

El hombre que pocas horas después aterrizó en el secundario aeropuerto londinense de Croydon tenía como un gigantesco torbellino metido en la cabeza, un torbellino que no le dejaba vivir.

El «Trident» de la BOAC inmovilizó sus motores, y la escala fue acercada al brillante fuselaje. Una azafata alta, espigada, con unas graciosas pecas en las mejillas, recibió a los que llegaban a Londres. Sus ojos chispearon al ver bajar a Bat Leman. Pero con voz que quería ser indiferente, susurró:

—Buenas noches, señor.

—Buenas noches, nena.

Un tipo panzudo que venía detrás, fingió que se le caía el maletín para agacharse y poder ver mejor las piernas de la chica.

Bat se dirigió a las oficinas de inmigración. Hizo que fuera controlado su pasaporte —falso, por supuesto— y se dirigió hacia la parada de taxis que había frente al edificio principal del aeropuerto. Dio una sola orden al chófer:

—Al dieciocho de St. Mary Street.

La calle St. Mary es una avenida ancha y tranquila que bordea la inmensa zona verde de Regents Park. La mayoría de las casas que hay allí son de la época victoriana y han conocido tiempos mejores, cuando sus dueños eran generales, almirantes o grandes administradores que tenían intereses en Birmania o en la India. Sus habitantes actuales, en cambio, son nuevos ricos, pertenecientes a esa gama tan singular que va desde los traficantes de oro a los tratantes de blancas y los artistas melenudos. Algunas de aquellas casas estaban muy descuidadas, pero todas conservaban intacto su viejo y triste jardín.

El taxi, un «Austin» negro como casi todos los de Londres, se detuvo ante la dirección indicada, y el singular viajero que llevaba aquella vez —una curiosa mezcla de sabio, *catcher* y asesino—, examinó a través de la ventanilla el aspecto que tenía todo aquello.

El lugar le pareció tranquilo, quizá demasiado tranquilo, y la casa demasiado vieja, pero elegante y bien conservada. Pagó, dio una generosa propina y saltó a tierra.

Desde el interior de la casa, una luz parecía hacerle guiños. Un tipo que debía pesar sus buenos ciento veinte kilos, con aspecto de oso recién puesto en libertad, se acercó a él.

—¿Viene aquí, amigo?

—Sí.

—¿Es periodista?

—No.

—¿Empresario?

—No.

—¿Es quizá un sobón?

—Tampoco.

—Pues lárguese. La reina no quiere ver a nadie.

—¿Y le ha puesto a usted aquí para desanimar a los pretendientes o quizá para que haga juego con las ratas del jardín?

El gorila produjo un sonoro «tlac, tlac» con los dedos.

—Largo.

—Necesito ver a la reina. Son sólo dos minutos.

—Pesado, ¿eh?

El oso en libertad fue a mover la zarpa derecha. Por lo visto, allí valía todo.

Bat Leman murmuró:

—Se ve que hace rato que no le echan comida, porque está rabioso...

Movió los dos puños a la vez. En la semioscuridad del paraje se oyó un doble chasquido. El oso alzó las zarpas, lanzó un gruñido y cayó a tierra. Bat se pasó la otra mano por la boca. Había sido un K.O., fulminante, de esos que a uno lo convierten en un campeón y al otro lo envían a un sanatorio.

Bat Leman lo arrastró por las axilas hasta dejarlo a cubierto, entre los arbustos del jardín. Luego entró en la casa, abriendo tranquilamente con una de sus llaves falsas.

La reina estaba allí.

Quizá se estaba cambiando de ropa, porque encima de la combinación no llevaba más que una bata muy ligera, y además abierta. Pero la reina no se inmutó al ver a un desconocido allí. Y es que, según ella, había desconocidos y desconocidos. Unos como para ponerse a lanzar gritos y proclamar a los cuatro vientos que aquel sinvergüenza había querido atacar a una chica honrada; otros, como para no decir ni pío y estarse muy quietecita, a ver qué pasaba.

El que acababa de entrar era de esa segunda clase. Y la reina le miró con los ojos entrecerrados, mientras se limitaba a preguntarle:

—¿Qué quieres beber?

—Sólo un Martini seco.

—Te lo prepararé.

Preparó dos y se sentó en una de las butacas que había en la sala. La bata continuaba abierta. Y es que, en la vida moderna, una chica tiene tantas preocupaciones que no se acuerda de nada, ni de anudarse un cinturón. Tendía una de las copas a Bat Leman, mientras seguía mirándole fijamente.

—¿Quién eres? —musitó—. ¿Un periodista? Pues si te dedicas a eso, pierdes el tiempo. Te contrato enseguida como masajista, pagándote el doble de lo que cobras ahora.

Eso, dicho por una reciente *miss* Mundo, era muy halagador, pero Bat susurró:

—Soy muy torpe dando masajes, nena.

—Peor para ti.

—Tampoco soy periodista. Soy un hombre que estaba en Le Mans cuando ocurrió la catástrofe. Como tú.

La reina arqueó una ceja.

—Sí, yo también estaba allí.

—Quiero saber algo. Si hablaste con un determinado hombre, cerca de los vestuarios.

—¿Qué clase de hombre?

Bat Leman le describió al mecánico con tanto detalle como le fue posible. Notó que los ojos de la hermosa mujer se achicaban. La reina tenía una cara muy expresiva donde se leían todas las emociones. Se notaba que los recuerdos iban llegando a ella.

—Sí, en efecto —murmuró—, había un hombre como ese cerca

de los vestuarios. Me miró con mucha atención, pero ya estoy acostumbrada a que les hombres hagan eso. Tienen... tienen muchas cosas que ver, ¿no? —Y fue cerrando lentamente la bata, hasta cortar el panorama—. Pero no hablé con él.

—¿Te siguió?

—Sí.

—¿Adónde ibas tú?

—A ningún sitio en particular. Buscaba una salida que no estuviera taponada por aquellas multitudes aterrorizadas y aullantes. Por fin la encontré, pero ese hombre de que me hablas no me siguió hasta el fin. Fue quedándose atrás, como si comprendiera que era inútil hacer otra cosa. Luego le perdí de vista. Mejor dicho, dejé de fijarme en él. Al fin y al cabo no tenía importancia.

Bat Lemman susurró, como si su voz fuera un eco:

—Cierto, no la tenía.

—¿Ocurrió algo con ese hombre?

—No, nada...

—¿Entonces por qué has venido?

Bat Lemman la miró fijamente. En sus retinas parecía conservar aún la imagen de *madame* Vanisher y de su hermosa sirvienta indonesia, las dos muertas y con unas repulsivas arañas bajo la piel. Dijo, de nuevo, como si su voz fuera un eco:

—No me gusta ver mujeres bonitas en el depósito de cadáveres.

—¿Qué... qué tratas de insinuar? ¿Quizá que corro algún peligro?

—Es posible —murmuró él—, y lo peor es que se trata de un peligro que no tiene lógica. Yo creí hasta ahora que los locos actuaban solos, pero ahora veo que también saben reunirse en bandas. Porque eso no tiene sentido; pero, sin embargo, es una terrible realidad. Tú puedes morir en cualquier momento.

En otro hombre quizá aquellas palabras no hubieran podido ser tomadas en serio. Pero el rostro levemente contraído, levemente torturado de Bat Lemman, y el tono de su voz, eran cosas como para no tomarlas a broma jamás. Y las palabras parecieron entrar poco a poco en el corazón de la mujer, hasta helarle la sangre.

—¿Pero quién puede tratar de matarme? —balbució—. ¿Qué es lo que he hecho yo? ¿Ser bonita?

—Ser la reina.

Ella balbució:

—Es... es absurdo...

—No digo que no lo sea, aunque detrás de eso tiene que haber una espantosa lógica —murmuró Bat Leman—. Y ahora prométeme que vas a salir de aquí. Prométeme que te irás a vivir a otro sitio.

—¿Irme a vivir? ¿Adónde?

—A cualquier lugar donde haya mucha gente. Al Palace, por ejemplo. A un sitio donde no estés un momento sola.

—Es que...

—¿Hay inconvenientes?

—Sólo uno: el productor que pagará los gastos de mi primera película quiere que no me exhiba demasiado. Que no me «gaste» antes de hora, dejándome ver por todas partes. Tal fue la razón de que alquilara esta casa para mí y contratara ese guardaespaldas que hay en la puerta, encargado de alejarme los moscones. Ir a un sitio concurrido podría traerme graves consecuencias, desde el punto de vista publicitario.

—Va en ello tu vida —dijo Bat— aunque creas que dramatizo, aunque creas que te estoy gastando una broma.

—No... no pienso eso.

Evidentemente, a la reina le habían impresionado el rostro y la voz de Bat Leman. Paseó una mirada desolada en torno suyo, como si, de repente, aquella casa le pareciera distinta, como si le pareciese siniestra. Con voz tensa, murmuró:

—Te haré caso. Me iré de aquí.

—En tal caso esperaré un poco y te acompañaré.

—Por favor, no lo hagas... Vendrá un representante del producto dentro de media hora aproximadamente. Quiere convencerse de que estoy bien y de que descanso como me aconsejaron. ¡En los últimos días he llevado una vida tan agitada! Pero cuando él se marche yo me iré también. Te lo prometo.

—Te reservaré una habitación en el Palace —murmuró Bat Leman—. A tu nombre.

—Nunca he hecho caso a una persona del otro sexo, ¿sabes? —murmuró la reina—. Es muy extraño lo que me ocurre... En cambio, a ti, voy a obedecerte y ni siquiera sé tu nombre.

Bat Leman murmuró:

—No me lo preguntes porque no te diría la verdad. Y ahora

olvídate de todo, menos de una cosa: dentro de hora y media, como máximo, tienes que estar en el Palace. Te telefonearé desde allí.

—Bien...

Los dos estaban mirándose fijamente, quietos el uno frente al otro.

Y, de pronto, la reina se lanzó en sus brazos. De pronto, lanzó una especie de gemido, donde el placer se mezclaba al miedo, donde palpitaba una extraña, una secreta ansiedad.

Bat Leman la besó, y ella dejó que la besara. Los brazos desnudos se enroscaron en el cuello del hombre. Se abandonó por completo como si el tiempo no existiera.

—Nunca me había pasado esto —susurró, con voz entrecortada—. Nunca.

Bat Leman volvió a besarla, Y quizá hubieran perdido ambos la noción del tiempo; quizá hubieran permanecido en aquella actitud sin darse cuenta de lo que ocurría en torno suyo, de no ser por el ruido del motor de aquel coche que bruscamente se detuvo ante la puerta, viniendo de la parte de Regents Park, que era como una masa fría y oscura.

La reina se sobresaltó.

—Tiene que ser el enviado del productor —susurró—. Se ha adelantado un poco. No puede encontrarte aquí, porque creerían que entre tú y yo hay algo más serio que... que esto. Debo cuidar mucho mi prestigio, sobre todo al principio. Sobre todo, ahora.

—Lo comprendo.

—Puedes salir por la parte de atrás.

Las ventanas de la parte posterior de la casa estaban enrejadas con sólidos barrotes, sin duda por temor a los ladrones que abundaban allí en otras épocas, cuando el barrio estaba, por decirlo así, en las afueras de Londres. Una puerta con sistema de seguridad daba al jardín posterior, muy descuidado.

A Bat Leman le pareció que todo aquello era sólido. Y le alegró que la muchacha viviera con ciertas garantías de seguridad.

Una serie de ruidos furtivos le indicaron que el jardín estaba lleno de gatos silenciosos y negros. Una rápida desbandada inició cuando sus pies hicieron crujir las secas hojas que había en el sendero. Más allá se alzaba una zona tupida de vegetación atravesada por una carretera.

Los faros de los coches eran como fugaces rayos de luz que sólo servían para destacar aún más la inalterabilidad de las tinieblas.

Bat Leman salió a la carretera y detuvo un taxi.

—Al hotel Palace —ordenó.

No sabía que entre las tinieblas alguien había vigilado su salida. Y, que entre los susurrantes árboles del viejo Regents Park, una sombra furtiva y gigantesca se movía silenciosamente.

El teléfono sonó quietamente durante más de dos minutos, sin que nadie lo descolgara al otro lado de la línea. Bat consultó su reloj y vio que había transcurrido más de dos horas y media desde que él salió de la casa y llegó al Palace, donde reservó dos habitaciones, una a nombre de la reina y otra al nombre que figuraba en su pasaporte falso. Era tiempo más que suficiente para que ella hubiese llegado al hotel. Quizá estaba en camino y por eso nadie descolgaba el teléfono, pero Bat Leman no se sentía tranquilo.

De pronto tomó una decisión.

Iba a salir de la habitación para dirigirse a St. Mary Street cuando consultó su reloj de nuevo. Era la hora exacta en que la televisión británica daba su boletín de noticias locales. Conectó el aparato que había en su habitación y esperó unos instantes.

Su sospecha, aquella especie de instinto que le había avisado, se vio confirmada. La expresión impenetrable del locutor daba cuenta de una noticia que acababa de llegar minutos antes a la redacción de la TV. Susan Spengler, recientemente nombrada *miss* Mundo en el concurso de Palm Beach, es decir, la reina de la belleza para aquel año, acababa de ser salvajemente asesinada. La policía atraída por unos gritos, había entrado en la residencia que tenía alquilada en St. Mary Street. La hermosa muchacha había muerto unos instantes antes y ya nada se podía hacer por ella, excepto tratar de capturar al asesino. Su cuerpo —terminaba el lector— se encontraba prácticamente partido en pedazos.

Bat Leman pulsó el botón de cierre.

Sus facciones continuaban en apariencia impasibles, pero cualquiera se hubiese dado cuenta de que había cambiado de color, de que ahora tenía una hosca lividez.

Lo que temió, acababa de suceder. Lo increíble se había producido. La reina, estaba muerta.

En aquella diabólica partida de ajedrez, en aquel tablero siniestro, donde sólo uno de los jugadores asestaba sus golpes, acababa de producirse una nueva y mortífera variación.

Cerró uno de sus puños, y sus nudillos crujieron siniestramente.

Salió de la habitación y del hotel, alquilando otro taxi. Se hizo conducir nuevamente a St. Mary Street.

Un cordón de policía cerraba aquella zona. Algunos curiosos deambulaban de aquí para allá, pero era inútil que intentaran acercarse. Bat extrajo uno de los documentos falsos de que siempre iba previsto, y que le había sido muy útil en diversas ocasiones. Lo mostró a uno de los *policeman*.

Éste lo revisó.

—¿UPI?

—Exacto.

—Pase.

Bat Leman guardó su credencial de la United Internacional Press, que junto con la Associated Press es una de las dos agencias informativas más importantes del mundo, y se introdujo en el jardín, dejando atrás el cordón de policías. El ambiente seguía siendo tan oscuro como antes, y los gatos, ante la interrupción de tanta gente, se habían refugiado en los tejados y en los viejos canalones de desagüe. Un espeso olor a humedad parecía brotar, ahora, de toda la casa. Olor a humedad y a sangre, dos *aromas* que Bat Leman conocía bien. Fue directamente a la parte posterior de la casa y miró el descuidado jardín. La puerta de seguridad estaba cerrada y sólo al pasar las yemas de los dedos por ella comprendió que no había sido violentada. En cambio, era muy fácil ver por dónde había entrado el asesino, un asesino muy poco hábil, pero dotado de una fuerza sobrehumana.

Los gruesos barrotes de una de las ventanas habían sido apartados, casi arrancados de cuajo. Por entre ellos quedó un hueco que pudo emplear para pasar un hombre muy corpulento, un tipo que debía tener dos veces las dimensiones de Bat Leman.

Bat regresó pensativamente a la parte delantera de la casa.

Penetró en la sala, donde poco antes hablara con la mujer, y tuvo que cerrar los ojos.

Si alguna duda tenía acerca de la fuerza diabólica del asesino, ahora la veía confirmada. De la hermosa muchacha no quedaban

más que pedazos, por decirlo así. Todo su cuerpo había sido descoyuntado, y no por medio de herramientas, sino con las manos. El forense que se inclinaba ahora para examinarla, también estaba asombrado. Una mueca de incredulidad cruzaba por su rostro.

—¿Quién puede tener esa fuerza? —susurró Bat Leman.

—No lo sé. No he conocido aún a nadie que fuera capaz de esto. ¿Pero quién es usted?

—UPI.

—Muy bien. Entonces difunda por su agencia esto, si la policía se lo permite: diga que es obra de un verdadero monstruo. Que ningún ser humano podría haber hecho esta siniestra carnicería.

Bat apenas despegó los labios para preguntar:

—¿Un gorila?

—No lo sé... Dios Santo, no lo sé. Pero ahora, de repente, todo me parece posible.

El joven volvió la espalda. No quería ver más aquello, y estaba seguro por otra parte, de que los policías no iban a encontrar nada. Vio a varios de ellos que rastrillaban con sus linternas la oscuridad del jardín delantero.

—Allí —dijo.

Efectivamente, no se había equivocado. Entre los arbustos estaba el guardaespaldas, al cual atizó antes. Lo sacaron por los pies, notando que su cabeza se bamboleaba extrañamente. Uno de los policías lanzó una especie de gruñido, mientras lo enfocaba.

—Le han roto el cuello —musitó.

Otro se inclinó sobre el cadáver.

—Y tiene la mandíbula fracturada. ¡Menudo gancho ha debido pegarle, y este de frente!

Bat cerró un momento los ojos, mientras tragaba una saliva que le supo amarga.

El del gancho había sido él. Quizá aquel golpe demasiado fuerte, había disminuido la capacidad de resistencia del guardaespaldas, impidiéndole reaccionar a tiempo. En cierto modo, Bat Leman había sido responsable de lo ocurrido, al dejar a la muchacha sin la ayuda del que hubiera podido defenderla.

Con las manos en los bolsillos pasó de nuevo entre el cordón de policías. Su expresión seguía siendo impenetrable.

Un sargento rechoncho le hizo una seña.

—¿Ya ha visto bastante? ¿No toma ninguna placa?

—No se preocupe. Ya... ya he visto bastante.

Era muy difícil que a Bat Lemman le temblara la voz, y en especial cuando una misión aún no estaba concluida. Pero ahora le temblaba. Y le temblaban también los nervios. No podía evitarlo.

CAPÍTULO X

LAS PALOMAS TAMBIÉN MATAN

Los dos hombres que aquella mañana desembarcaron en el aeropuerto Kennedy no se habían visto nunca, pero cada uno de ellos tenía noticias del otro. Caso de viajar en el mismo avión es posible que se hubiera originado incluso un conflicto que durante años sería recordado por los servicios de seguridad de la aviación norteamericana. Pero llegaron en distintos aparatos e incluso en distintas compañías. Bat Leman llegó en un aparato de la BEA. El otro llegó en un «Jumbo» de la TWA.

En el aeropuerto Kennedy no se vieron.

El Kennedy es demasiado grande para que dos hombres se encuentren allí, por casualidad, sobre todo teniendo en cuenta que cada Compañía posee su pabellón propio. Pero los dos habían vuelto a Nueva York por la misma razón, una razón que tenía mucho que ver con la muerte de la última *miss* Mundo.

Bat Leman sabía de sobra que tenía trabajo en París.

Que no podía regresar a Norteamérica sin permiso.

Pero él los permisos se los pasaba por las narices.

Para él no existían más normas que las que en cada momento le dictaba la eficacia en su trabajo.

De todos modos había avisado que volvía.

Pidió tres días de permiso.

Y no se los dieron.

Mejor.

Tuvo que cambiar de vuelo para que sus propios compañeros no lo controlasen en el aeropuerto, y desde allí tomó un taxi para dirigirse a un café de Greenwich Village donde tenía amigos de todas clases. La mayor parte de esos amigos eran delincuentes

fichados por la policía, pero ahora podían serle útiles.

Intentó conectar con ellos.

No lo consiguió fácilmente.

Tuvo que esperar casi doce horas para poder ver a Rufus Carolby. Las calles de Greenwich Village tenían, a las nueve de la mañana, un ambiente sórdido, triste, casi miserable, y estaban llenas de papeles arrastrados por el viento cuando Rufus Carolby apareció al fin y se dirigió al café en que Bat le estaba aguardando. Hay que aclarar que Rufus Carolby era un hijo de zorra importantísimo, un tipejo de la peor especie, que estaba haciendo una carrera meteórica. ¿Trabajo? Proporcionar chicas de gran clase a los individuos que estuvieran dispuestos a pagarlas. Rufus tenía un despacho en Greenwich, pero vivía a lo grande en el Waldorf porque su cifra de negocios daba para eso y más. Uno de sus mayores éxitos *profesionales* había sido facilitarle chicas difíciles al propio Rockman, pero ahora ya no estaba a la altura de las circunstancias. Rockman picaba muy alto. Escogía sus presas en unas alturas a las que Rufus Carolby, ni con drogas, ni con dinero, ni con amenazas, podía llegar.

Cuando vio a Bat Leman, gruñó:

—Me alegro de que hayas soltado por ahí que querías verme. Estoy en un apuro.

—¿De qué clase?

—Me pescaron con mandanga. Poquita cosa, ¿sabes? La llevaba para una universitaria que ya estaba en el bote. De momento, estoy en libertad provisional.

—Veré lo que puedo hacer —dijo Bat—. Quizá en la brigada antidroga decidan olvidarse de algunas pruebas; pero eso tiene un precio. Primero debes ayudarme tú a mí.

—¿Qué quieres saber?

Bat Leman encendió un cigarrillo, aunque fumaba muy poco. Dio un par de nerviosas chupadas sintiendo que, por primera vez, su calma glacial empezaba a fallarle.

—Quiero que me hables de Rockman —dijo.

—Ya no trabajo para él.

—Tú le habías proporcionado compañeras.

—Sí, pero era en los tiempos en que él no picaba tan alto. Cuando se conformaba con alguna *vedette* que se le ponía difícil y a

la que había que amenazar. Ahora ya pica en alturas a las que yo no llego. Sus emisarios actuales son banqueros y hasta diplomáticos: no son matones como yo.

—Pero sigues enterado de sus líos, ¿no?

—Sus líos nadie los conoce. En su finca del Potomac, con un río a un lado y la montaña a otro, no entra nadie sin que él lo sepa.

—Me refiero a sus líos de faldas.

—Ah, eso sí. Necesito estar informado porque, al fin y al cabo, la información forma parte del negocio. ¿Qué quieres saber?

—Nombres.

—Bueno, hay algunos que conoce todo el mundo...

—¿Por ejemplo...?

—Sandra. Ella ganó uno de los tres o cuatro concursos que se celebran para la elección de *miss* Mundo. Rockman podía pagarla y la metió enseguida en su harén.

—Lo sé.

—Vive como un antiguo rey oriental, el tío. Sus grandezas, sus costumbres, sus manías...

—Eso también lo sé.

Rufus se encogió de hombros.

—En fin, desde que esa chica tuvo un accidente de automóvil y quedó paralítica de cintura para abajo, ya no le sirvió para gran cosa. La tiene en su finca, en parte para que ella no sienta la tentación de vender sus memorias a alguna cadena de revistas. Pero es como un trasto.

—Lo imaginaba. Sigue.

—Luego está Susan Spengler —rememoró Rufus—. Pobre muchacha... ¡Quién lo hubiera dicho!

—¿Quién hubiera dicho qué...?

—Que iba a morir en Londres destrozada de esa manera por un maníaco, aplastada como un gusano, mejor dicho, como una gusana... ¿Qué quieres que te diga? A mí me duele todo eso. En el fondo soy un sentimental.

—Calla, hijo de zorra, o te parto la boca.

Hombre, no hay que ponerse así... ¿Es que no puede tener uno su corazoncito?

—Métetelo donde te quepa.

Rufus se zampó de un golpe el *whisky* doble que se había hecho

servir y murmuró:

—En fin, la pobre Susan Spengler fue la reina sustituta, la que sirvió para el cambio de Sandra, Pero ésta le resultó más difícil a Rockman.

—¿Difícil en qué sentido?

—A Susan le gustaba la popularidad. No era como Sandra, que sólo piensa en la pasta. Para Susan, el hecho de aparecer en las revistas, pasar modelos de alta costura y convertirse en estrella de una película, valía mucho. Rockman tuvo que dejarle las riendas flojas, es decir, permitir que la chica sólo pasara con él un día a la semana. El resto del tiempo viajaba y se exhibía.

—Bien. Sigue.

El rostro de Bat Leman era impasible como una piedra, pero por detrás los pensamientos bullían. Una especie de vértigo se apoderaba de él cuando recordaba todo aquello.

Rufus Carolby siguió:

—Bueno, pues aunque te parezca mentira, no tiene gran cosa más, de momento... Oí hablar de una muchacha llamada Jessica. Rockman se estaba encaprichando de ella, pero la tenía aún lejos de incorporarla a la corte de la reina. Y... y... a ver, deja que recuerde...

—¿Quién más?

Rufus dijo de pronto:

—De veras, no recuerdo a nadie más... Es una cosa que no se había dado nunca, ¿sabes? ¡Nunca! Pero yo te diría que Rockman está apagado. Últimamente se preocupa poco de las mujeres. Hasta parece como si su gran imperio estuviera en bancarrota.

—¿Por qué dices eso? No se le puede, echar el guante por falta de pruebas absolutas, pero todos sabemos que gana más dinero que nunca.

—Sí, es cierto... Pero fíjate. Están muriendo bastantes fulanos de su organización. No hace mucho mataron a Silverton, uno de sus mejores agentes, en el hotel Kefauver. Y, como quien dice ayer, la palmó Anderson.

Bat apretó los labios.

—Eso fue un accidente —dijo.

—Claro, claro... Mueren muchos pilotos automovilistas al cabo del año. Es la profesión más peligrosa que existe. Pero también es

casualidad, ¿no?

Bat no hizo ningún comentario.

Bebió también su *whisky*, un brebaje repulsivo que el tío del bar sacaba directamente de una garrafa.

—Sí —dijo—. Es casualidad...

Y pensó desesperadamente: «La cosa se está poniendo de tal modo, que tendré que pedir de rodillas a los peces gordos que me presten ayuda. Yo solo no puedo hacer nada...»

Rufus Carolby dijo tímidamente:

—Ya sé que a ti no te interesará ninguna chica...

—Ninguna.

—Las tienes a patadas, ¿no?

Caray, no tanto... Por lo general, dejan que uno haga exploraciones, pero de ahí no paso.

—Pero podrías ganarte un sobresueldo —insinuó Rufus—. Yo siempre vigilo, ¿sabes?

—¿Y qué cuerno vigilas tú?

—Verás, enseñé tu fotografía a una millonaria.

—¿Y... y qué...?

—Quiere conocerte —los ojos del truhan brillaron—. Muchacho, es un gran negocio. Te forras... Y yo sólo te pido un cinco por ciento de lo que saques. Fíjate bien... Me desvivo por los amigos... Me arruino... ¡Sólo un cinco por ciento...!

Bat Lemon no supo si cargarse aquel bicho allí mismo. Hasta se le movieron los puños para destrozarle la cara. Pero, al fin, lo pensó mejor y dijo al dueño del bar:

—Sírvale a éste, más *whisky*. Toda la garrafa.

—¿Qué...?

—Sí. Toda esa garrafa *de marca*, hombre...

Sabía que no haría falta gran cosa más para liquidar a Rufus Carolby. ¡Entre aquello y el ácido sulfúrico había tan poca diferencia...!

El otro hombre llegado el día anterior al aeropuerto Kennedy, y que también procedía de Londres, no se quedó en Nueva York sino que siguió hasta Washington. Era un tipo que hubiera llamado la atención en cualquier parte del mundo por su enorme peso, su corpulencia asombrosa, su fuerza brutal. Era una extraña mezcla de

bull-dog, gorila y oso. Había sembrado el terror en los *rings* de lucha libre del mundo entero hasta que una mala caída le dejó lesionado en una pierna, de modo que empezó a ser presa fácil para otros rivales menos fuertes, pero más rápidos que él. Mientras se bamboleaba en el *ring*, incapaz de dar dos pasos seguidos, sus enemigos le cosían a puntapiés o le saltaban a la espalda para machacarle los huesos. Después de su brutal leyenda, Gorhan se había convertido en algo así como un pelele gigantesco y cargado de odio, al que todos vapuleaban entre el frenesí y los aplausos de un público que le detestaba. Eso había durado un año, un año terrible para Gorhan, hasta que su suerte cambió. Un hombre más poderoso que todos los demás hombres que había conocido en su vida, le había señalado el camino a seguir.

Precisamente ahora venía a verle.

Caminando pesadamente, Gorhan salió de la lujosa mansión de Rockman y miró desconfiadamente los enormes jardines, los bosquecillos y el lago. Más allá estaba el río Potomac, y al otro lado de la casa, como quien dice encima, había una apreciable montaña de roca. Desde la cima podía vigilarse perfectamente la casa, por lo que los del FBI tenían apostado allí a un hombre desde la salida a la puesta del sol. Pero era inútil, porque en los jardines de Rockman nunca pasaba nada. Y la parte más íntima no se veía desde la montaña a causa de la arboleda.

Con las manos a la espalda, moviéndose pesadamente como un oso cojo, Gorhan se dirigió precisamente hacia la parte más privada del jardín, hacia aquella en que Rockman tenía su piscina y sus instalaciones más personales. Con los ojos entornados igual que los de un enorme animal semidormido, avanzó hasta que alguien le dijo suavemente, con voz cariñosa:

—Hola...

Gorhan se volvió.

Tuvo un parpadeo de sorpresa.

La verdad era que no la había visto. Aquella condenada mujer, en su silla de ruedas, se movía tan en silencio como una serpiente. Sandra le sonrió con toda amabilidad, mientras murmuraba:

—Estás muy serio, Gorhan... Hacía tiempo que no venías por aquí.

—Sí, señorita.

—¿Dónde has estado?

—En Londres.

—¿Ya lo sabe el patrón?

—Él me envió.

—¿Negocios?

—Sí, negocios.

Ella sonrió de nuevo.

Tenía una sonrisa hechicera y que infundía la mayor confianza.

—Gorhan —musitó—, ¿ves eso?

Le señalaba una aguda rampa asfaltada que llevaba hasta las profundidades de un bosquecillo privado. Sandra no podía ir por allí con su silla de ruedas, y hasta era peligroso que se acercase. Gorhan cabeceó.

—Claro que lo veo, señorita Sandra.

—Quiero acostumbrarme a bajar por ahí.

—Es peligroso.

—Yo misma puedo controlar las ruedas, ¿no...?

—Pero si la silla se le desmanda... Bueno, puede matarse.

Ella seguía sonriendo.

—Quiero hacer una prueba, Gorhan. Ya estoy cansada de ser una inútil, ¿sabes? Mira esto.

Había sacado un hilo muy fino, una especie de sedal de pesca tan fuerte como el acero. Indicó:

—Sólo tú puedes ayudarme. Sólo tú tienes la suficiente fuerza para que no corramos peligro ninguno de los dos.

—¿Qué quiere hacer?

—Ata un extremo del sedal al eje central de la silla.

Él lo hizo. Lo ató sólidamente.

Sandra formó entonces un nudo corredizo en el otro extremo.

—Ahora pásate esto por la muñeca.

—¿Para qué?

—Voy a bajar sosteniendo yo misma las ruedas, pero si fallo tú me retendrás desde aquí arriba. Con esto en torno a tu muñeca, tengo la seguridad de que el cable no se te va a soltar.

—Comprendo, señorita.

Se puso el lazo corredizo en torno a la muñeca. La muchacha situó la silla al borde de la brusca y larga pendiente, con la misma emoción que una niña que se dispone a bajar por las montañas

rusas.

Pero no descendió aún.

—Oye, Gorhan —dijo.

—¿Qué, señorita?

—¿Por qué no llegan periódicos a esta casa?

—No lo sé, señorita. ¿Cómo puedo saberlo?

—Está bien. Voy a bajar. Cuidado.

Ella descendió controlando muy bien el giro de las ruedas. La silla iba bajando sin problemas. El fino sedal estaba completamente flojo y arrastraba por el suelo. Pero cuando Sandra se encontraba unas diez yardas más abajo, dejó de controlar las ruedas. Al contrario, las soltó de golpe e hizo que la silla volara materialmente hacia abajo.

Gorhan lanzó un leve grito.

Había sido sorprendido por la inesperada decisión de la muchacha. El finísimo sedal se tensó de pronto y él estuvo a punto de caer.

Quizá otro hombre hubiese sido arrastrado, pero él era un auténtico gorila. Aguantó el peso de la silla... ¡que pesaba el doble que las otras...! Incluso tiró un poco hacia arriba para retenerla.

Pero entonces... ¡ocurrió lo que no había pensado de ninguna manera! ¡Entonces el finísimo y duro sedal se clavó en su muñeca derecha como un cuchillo! ¡Le penetró hasta el mismísimo hueso...!

Gorhan lanzó un gruñido.

Otro.

No lo entendía.

—Señorita Sandra...

La sangre estaba brotando a borbotones por sus venas completamente rotas. Descendía por la rampa como si aquello fuese un degolladero. Ciego de dolor, Gorhan intentó tirar del cable con la otra mano para que no le presionara tan salvajemente la muñeca.

Pero resbalaba.

Le era imposible retenerlo.

¡Aquella condenada lo había embadurnado de grafito! ¡Pasaba entre sus dedos como si fuera agua!

—Señorita Sandra...

Era absurdo lo que estaba sucediendo. Al gigantesco Gorhan no se le había ocurrido aún que pudiese morir, pero tampoco se le

había ocurrido a Galland, precisamente cuando estaba en su mejor elemento: el agua. Gorhan se dio cuenta de que la sangre manaba con más fuerza cada vez y entonces empezó a descender la rampa para que el cable no tirase tanto de él.

Teniendo la silla de espaldas había visto algo incomprensible.

¡Sandra tenía los cojines puestos sobre dos losas de plomo! ¡Por eso aquello pesaba como un tanque!

Se lanzó hacia abajo a gran velocidad. Pero para que el cable no estuviera tenso y no le destrozara hasta los huesos, tenía que bajar él más aprisa que la silla. Y eso era imposible. A Sandra no le importaba que su vehículo bajara a gran velocidad, puesto que sabía que en cualquier momento podía frenarlo con los pies. En cambio, Gorhan sentía tirones tan bruscos y tan terribles que el hueso se le estaba destrozando por completo.

Y mientras tanto, la sangre brotaba, brotaba, brotaba...

De pronto, el gigante se aterrorizó.

Tropezó y cayó al suelo.

Tenía que haber comprendido que era inevitable que le ocurriera eso.

Caído como estaba, todavía sostuvo con su corpachón el peso de la silla. Él era algo así como el ancla, y el finísimo cable era la cadena. Chilló rabiosamente, pero en aquel lugar tan alejado de la casa nadie le oyó. Sólo le oyó Sandra, que tiraba de las ruedas hacia abajo para que la silla hiciera aún más fuerza.

Los ojos de Gorhan se desorbitaron.

Empezó a ver algo que no hubiera soñado ver jamás en aquellas circunstancias: la sombra negra de su propia muerte.

¡Y además, una muerte causada por una parálítica!

—Sandra... —gimió—. ¡Por favor, Sandra...!

Ella rió suavemente.

La sangre de su víctima ya pasaba por entre las ruedas de la silla.

Los gemidos de Gorhan fueron cesando poco a poco, porque la cantidad de sangre que estaba perdiendo resultaba brutal. Era igual que si se hubiera suicidado cortándose las venas. Poco después, el gigante no era ya más que un bulto inerte que yacía en la rampa.

Sandra puso entonces pie a tierra.

Ascendió la pendiente.

Nadie la veía.

Sujetó por el cuello de la americana a Gorhan y lo hizo descender. Como era cuesta abajo, no le costó demasiado. Luego dejó caer su corpachón en el pequeño lago que había al fondo, entre los árboles. Previamente, había desatado el cable de la parte posterior de la silla, haciendo que se hundiese con Gorhan.

Miró en torno suyo.

Sus ojos, brillantes y astutos, se habían empequeñecido.

Tenía que ocuparse de la sangre que manchaba en gran cantidad la rampa asfaltada. Para ello puso en funcionamiento el distribuidor automático que regaba el césped. Pero alargó el chorro de tal modo que, al girar, alcanzara la rampa e hiciera descender el agua por ella. Dio la máxima velocidad y la máxima presión.

Cada pocos segundos, un fuerte chorro de agua alcanzaba el asfalto de la rampa y descendía por él.

Se iba llevando hacia el fondo la sangre que aún no había tenido tiempo de coagularse.

Era un trabajo de horas, pero nadie más vendría por allí. Ella misma había dado permiso al jardinero. Subió tranquilamente la silla después de hundir en el lago las losas de plomo y se puso un cigarrillo en los labios.

Respiró tranquila.

Y entonces, haciendo estremecer el cielo limpio y azul, oyó de nuevo el extraño trueno. Todo el cuerpo de Sandra se puso tenso, pero un segundo después se sentía tan asustada, tan confusa, que las fuerzas le fallaron y tuvo que sentarse de golpe en la silla de ruedas.

Esos ecos del trueno se perdieron en la lejanía. Fueron ahogados, como otras veces, por las aguas del río Potomac. Se hundieron entre las densas arboledas que rodean a éste y que le dan un lejano aspecto poético, como de río abandonado desde los albores de la humanidad, pese a que se halla tan cerca de Washington Sandra sintió que le temblaban los párpados.

Sentía un miedo superior a ella.

Por primera vez en su vida de mujer ansiosa, vengativa, cruel, entró el miedo a lo incomprensible.

Miró hacia arriba, hacia la montaña de roca que pesaba sobre la casa por el otro lado, el opuesto al río. Estaba segura de que el trueno había surgido de allí detrás, pero eso tampoco tenía sentido.

De todos modos, empujó la silla de ruedas y se situó con ella en el centro de un camino solitario desde el cual podía ver la cima de la masa rocosa. Por supuesto, también podían verla a ella, cosa que no había ocurrido cuando se estaba dedicando a la instructiva tarea de acabar con el gigantesco Gorhan.

Sus ojos penetrantes —puesto que Sandra tenía auténticos ojos de halcón— distinguieron la figura del hombre que estaba en la cima. Era el vigilante de turno, el agente del FBI que durante todas las horas de luz vigilaba sin disimulo todos los movimientos de la casa, en la medida en que esos movimientos eran visibles, pues quedaban muchas zonas ocultas. De noche no se atrevían a dirigir focos hacia la casa, puesto que ésta era propiedad privada, pero de día no disimulaban en lo más mínimo. Los del Departamento de Narcóticos conocían de sobra cuál era el negocio de Rockman y buscaban pruebas. Rockman conocía sus derechos y hasta ahora había logrado camuflarlas. Era un juego de astucia y de serenidad; una partida de póquer en el cual una carta mal echada podía decidirlo todo.

Sandra sabía que la espiaban con prismáticos.

Hizo un gesto obsceno como había hecho otras veces, dedicado en exclusivo al agente del FBI. Luego siguió adelante con su silla de ruedas.

Entró en la biblioteca y se puso a leer con atención aquella *Historia del Arte* en que se hablaba de los funerales de los viejos reyes de Caldea, Asiría y Sumer. No sabía bien por qué, pero aquella historia le obsesionaba. El hecho de que un solo hombre tuviera tantos poderes acumulados en sus manos, la fascinaba. Hubiera deseado ser hombre y ser rey de uno de aquellos remotísimos imperios.

Pero tampoco podía olvidar el extraño, el incomprensible trueno. ¿De dónde venía? ¿Qué significaba? ¿Era un aviso del cielo? Y además, ¿por qué no entraban periódicos en aquella casa? ¿Qué ocurría?

Cerró los ojos. Había momentos en que, pese a toda su terrible frialdad de espíritu, pese a toda su crueldad inhumana, sentía vértigo.

CAPÍTULO X

UNA TRANQUILA MAÑANA DE DOMINGO

La chica era rubia, espléndida. Y tenía los ojos azules. Y unas curvas que mareaban. Y muchas otras cosas que usted ya puede imaginar, pero que yo no puedo escribir, en parte porque no hace falta.

No sabía qué hora era, no sabía en qué día de la semana se encontraba. Lo cierto, sin embargo, era que el tiempo estaba a punto de dejar de tener importancia para ella. Iba a morir. Iba a ser arrojada a la calle desde un piso treinta.

Los dos hombres que la empujaba, resollaban y lanzaban maldiciones en voz baja.

Aquella tigresa era fuerte, más fuerte de lo que habían supuesto. A sus veinte años, tenía energías suficientes para no dejarse matar sin oponer una desesperada resistencia.

Las caras de los dos hombres estaban llenas de arañazos. Sus tobillos habían sufrido el castigo de los tacones de la muchacha, que al ser arrastrada aún seguía intentando golpearles, mientras gritaba desesperadamente. Pero era inútil, porque nadie iba a oírla. El edificio de treinta pisos estaba íntegramente dedicado a oficinas y no había absolutamente nadie en él, en aquel tranquilo domingo por la mañana.

La gente, como empezaba a hacer algo de calor, había ido a bañarse a Coney Island. La radio daba en aquellos momentos, un cansino boletín de noticias, indicando que seguiría el buen tiempo. Muchos coches rodaban a poca velocidad hacia el norte, hacia Connecticut y Massachusetts, donde hay magníficos parajes para organizar un *picnic* y toda clase de actividades al aire libre.

Pero en aquel edificio de treinta pisos, cerca de la Battery de

Nueva York, no había nadie.

Sólo los dos hombres que arrastraban penosamente a la mujer, hacia el borde mismo del abismo.

Llegaron a situarla allí.

El viento, a aquella altura, soplabla con una terrible fuerza.

La falda se arremolinaba hacia arriba, tapando incluso la cabeza de la muchacha. En cambio, dejaba al descubierto otras cosas que hizo que los dos hombres parpadearan.

Hubiese valido la pena aprovechar el espectáculo.

Pero no podían perder tiempo.

A ellos les pagaban para trabajar. Y para trabajar limpio y rápido.

—¡Tira de tu lado, Jim!

—¡Abajo!

La muchacha sintió que el vacío ya estaba debajo de sus ojos, debajo de su cuerpo todo. Lanzó un agudísimo grito que se perdió en el espacio.

Los dos hombres se dispusieron a hacer el último esfuerzo conjunto, el esfuerzo definitivo.

Y entonces ocurrió aquello.

Aquello que en el primer momento no pudieron creer, como si fuera una alucinación: La brusca aparición de aquel hombre que llegaba del espacio.

Era muy joven, muy joven, y dueño de una agilidad diabólica. Los dos sicarios lo vieron y no lo vieron. Fue realmente como una aparición.

Lo primero que hizo fue sujetarlos a los dos, a cada uno por el cuello. Tiró hacia atrás, moviendo a la vez sus brazos hercúleos. Los dos sicarios gritaron.

No lo entendían.

¿De dónde había surgido aquel fantasma? ¿Del aire?

¡Ellos estaban seguros de que en todo el edificio no había nadie!

Pero no era momento de pensar, sino de actuar. Llevaron las manos a sus fundas axilares. Trataron de sacar sus pistolas.

El aparecido no les dio tiempo.

Propinó un terrible puntapié a la mano del que le pareció más peligroso, haciendo que la pistola saltara por los aires.

El otro logró disparar, pero al vacío. Porque su brazo ya había

sido retorcido salvajemente en el momento en que apretó el gatillo.

Los dos se lanzaron a la vez sobre el intruso. Ya no tenían armas, porque las dos pistolas habían saltado por la terraza, pero, en cambio, disponían de sus puños. Y esos puños habían sido probados —y bien probados— en todos los *rings* de América.

Trataron de cazar con ellos a su enemigo, pero se llevaron otra brutal sorpresa al ver la facilidad con que éste los esquivaba. Tenía un juego de cintura digno de un campeón mundial. Largó la izquierda y frenó a uno de ellos. Un terrible *jab* de derecha envió por los aires al otro.

Éste voló materialmente. Voló de tal modo que estuvo a punto de caer al abismo.

Pareció un milagro que no cayera. Quedó sin sentido en el mismo borde, oscilando, pero no se desplomó.

El otro lanzó un alarido.

Saltó hacia atrás y logró alcanzar una gruesa barra de hierro de las muchas que había en el terrado, donde iba a instalarse una barandilla que diera mayor seguridad a aquella zona.

Brincó con ella, descargando un hábil golpe que hubiera partido en dos el cráneo de cualquiera. Pero su extraño enemigo también logró esquivar. La barra de hierro solamente le rozó, sin conseguir ni despeinarle siquiera.

Se oyó un crujido de huesos.

El sicario había recibido un terrible puntapié al mentón, haciendo que éste se rompiera. La pérdida de conocimiento fue instantánea. Rodó por el terrado, también hasta el borde del abismo, y también pareció un milagro que no llegara a caer.

Los ojos duros y fríos del hombre, se posaron entonces en la muchacha a la que acababa de salvar la vida.

Un solo pensamiento pareció pasar por detrás de aquellos ojos. Un solo pensamiento que los humanizaba. «¡Demonios, qué mujer!».

Ella yacía al borde del terrado. No había tenido fuerzas ni para apartarse. Aún le parecía increíble que pudiera seguir con vida...

—Sepárese del borde. Una distracción y puede caer.

La voz del desconocido era dura y metálica, como todo en él, pues su propio cuerpo también parecía estar hecho de cables de acero.

—Por... por favor, ayúdeme...

El la sujetó por una mano y tiró de ella, poniéndola en pie. La sintió apretada contra su pecho. El viento de las alturas seguía arremolinando su falda.

Y valía la pena.

Ella balbució:

—¿De dónde ha venido usted? ¿Del... del cielo?

—¿Por qué dice eso?

—Es que he tenido una sensación absurda. Me ha parecido que usted brotaba de un rayo de luz.

Él rió suavemente.

—Prefiero no explicárselo aquí. Ya encontraremos un sitio donde hablar. Es mejor no esperar a que esos dos recobren el sentido.

—¿Les tiene miedo?

—Lo que me da miedo es tener que matarles. Vamos.

—Pero huirán...

—No les será tan fácil. No tema.

La sacó del terrado y cerró con llave la única puerta que llevaba hasta allí.

De este modo, los dos sicarios quedaban completamente aislados.

No podían salir de allí por la puerta, y si trataban de descolgarse hasta las más próximas ventanas tendrían que deslizarse materialmente por una pared que no ofrecía el menor relieve. Ni un hombre-mosca hubiera sido capaz de realizar aquello.

Estaban atrapados.

Mientras tanto, el hombre y la mujer habían tomado uno de los seis ascensores, dirigiéndose a la calle sin pronunciar una palabra. El único individuo que se hallaba en aquel momento en el edificio, el conserje, dormitaba tras la voluminosa edición del *Sunday Times*, que pesaba varios kilos y donde había lectura para toda la semana. No se enteró ni de que salían.

Un *milk bar* estaba abierto a no mucha distancia de allí. Sus únicos clientes eran a aquella hora, unos vigilantes del cercano edificio de la Bolsa, en Wall Street, y un individuo silencioso que tenía aspecto de no haber dormido en toda la noche. La mujer y su inesperado salvador pidieron dos limonadas, que era casi la única «cosa fuerte» que se podía tomar allí. Ella tenía la garganta seca y la

bebió de un trago. Luego musitó:

—¿Quién es usted?

—Llámeme Bat.

—¿Bat y qué más?

—Bat Leman.

—¿De dónde viene?

Él hizo un gesto impreciso.

—De por ahí...

—Ya le he dicho lo que ocurrió. Tuve la extraña, la absurda sensación de que usted... brotaba del aire.

Bat rió quedamente.

—Ni lo sueñe. Mi aparición se debió a causas mucho menos teatrales. Sencillamente, descendí de un helicóptero.

—¿Un helicóptero? ¿Y cómo no le oímos?

—Usted estaba demasiado asustada para enterarse de lo que ocurría, y ellos demasiado ocupados en defenderse de sus puntapiés y sus mordiscos. Un amigo y yo ensayábamos un nuevo tipo de aparato más silencioso y rápido que los demás. Sobrevolábamos Nueva York en la tranquila mañana del domingo, cuando vimos lo que ocurría en aquel terrado. Entonces mi amigo descendió un poco... y yo salté.

Bebió a su vez un sorbo de limonada y murmuró:

—¿Quiénes eran?

—No lo sé.

—¿Asesinos a sueldo?

—Tal vez.

—¿Por qué querían matarla?

Ella hundió la cabeza y trató de contestar. Parecía serle muy difícil decir aquello, pero al fin susurró:

—Creo que puedo tener confianza en usted.

—Téngala.

—Soy fotógrafo de Prensa —dijo ella, con voz insegura—. Fotógrafo libre. Trabajo para las agencias y les vendo mis reportajes gráficos, que ellas distribuyen luego por los periódicos. Hace bastante tiempo obtuve unas fotos que parecían no tener importancia, pero luego resultaron verdaderamente sensacionales. Y para algunas personas eran... de vida o muerte.

—¿Qué clase de fotos?

—Fue la mañana en que asesinaron a John Silverton.

Bat Lemman hizo un gesto de interés, pero nada más. Luego sus ojos continuaron impasibles.

—Siga —musitó.

—Yo había ido a tomar unas fotografías de lo que estaba ocurriendo en el hotel Kefauver, donde Silverton se disponía a celebrar una conferencia de Prensa. En el exterior tomé algunas placas sobre el ambiente que reinaba en la calle. Y, por casualidad, enfoqué a un hombre que salía de un lujoso coche frente al hotel. Aquel hombre resultó luego ser Wellington, el asesino. A varios de los que iban en el coche se les veía la cara en mis fotografías. Eran sus cómplices o quizá sus dueños. Los que le habían incitado a hacer aquello.

—Comprendo.

—Era una pista, un hallazgo sensacional. Poco después de cometerse el crimen, lo comprendí. Corrí entonces a ofrecer las fotos al dueño de la agencia para la cual trabajaba. Era una agencia pequeña, pero que me pagaba muy bien.

—¿Por qué no fue a la policía?

—Compréndalo, en estas circunstancias no podía fiarme ni de la policía. Hay demasiada gente corrupta allí. No quería mezclarme en nada. Estaba horrorizada... Al menos, al jefe de la agencia le conocía bien. Era una persona honrada.

—Me hago cargo.

—Revelé las fotos y se las di. Eran de una claridad perfecta. Él se asustó también. Dijo que aquello valía una fortuna, pero que planteaban un serio problema legal. Y que sin perjuicio de distribuir las, antes quería hablar con la policía.

—¿Y lo hizo?

—Sí. Y me pidió que volviese dentro de media hora.

—¿Volvió?

Ella apretó los labios.

—Sí; volví.

—¿Y qué...?

—El pobre hombre estaba muerto. Tenía la cabeza totalmente machacada a culatazos. Le habían dado una muerte salvaje. Sobre la mesa, entre su sangre, había unos montoncitos de cenizas que eran las fotos y sus negativos.

Hizo una breve pausa y susurró:

—Lo peor era que los asesinos aún estaban allí, esperándome. Eran tres. Fueron a machacarme la cabeza a culatazos, pero el instinto me salvó. Sí... fue el instinto y el hecho de que tengo la agilidad de mis veintiún años... Salté por la ventana que estaba al otro lado de la mesa, rompiéndola con mi cuerpo. Todavía no comprendo ni cómo pude hacerlo. Caí a la calle desde la altura de un primer piso y eché a correr. Dispararon contra mí. Por fortuna, en aquel momento pasaba un patrullero y los agentes echaron pie a tierra. Se armó una zarabanda de tiros que ni en el Vietnam... Yo seguí huyendo. Estaba tan aterrorizada que era incapaz de pensar. Al día siguiente leí en los periódicos que los tres hombres habían muerto materialmente acribillados por los policías. Nadie se explicó aquel crimen, claro. Nadie dijo nada de nada. Verdaderamente solo yo lo sabía.

Bat Leman arqueó una ceja.

—¿Y por qué no lo contó a las autoridades?

—¿Qué autoridades?

—La policía, por ejemplo.

—La policía... —dijo burlonamente ella—. Es una bonita idea, pero no para tomarla en serio. El jefe de la agencia había llamado también a la policía o, al menos, a alguna autoridad importante. Lo malo es que no sé a quién... La respuesta fue rápida: a los quince minutos ya le habían machacado la cabeza a culatazos. ¿Quería que a mí me ocurriera lo mismo? Lo único que pensó fue huir con mi secreto. Desde los Ángeles vine a Nueva York, al otro lado del país. No he vuelto a trabajar en meses y meses, para no ser identificada. Pero me vinieron siguiendo porque pensaron que quizá yo tenía otros clisés o recordaría a las personas que había visto en el coche con Wellington. La orden que les habían dado sobre mí era bien sencilla: tenían que matarme... Por fin, esta mañana me han acorralado en un lugar ideal. Un edificio de oficinas vacío... Y el resultado ya lo conoce usted mismo.

Bat Leman apretó los labios.

Su mirada estaba fija en un punto perdido imprecisable. Era una mirada que muchos hombres habían visto poco antes de morir. Pero los muertos nunca cuentan nada...

—Ignoraba que el asunto tuviera tanta importancia —susurró, al

cabo de unos instantes—. Pensé que se trataba de un crimen como tantos y tantos otros que se cometen en Nueva York, pero sin nada detrás. Ahora me doy cuenta de que todo eso puede ser decisivo... Voy a buscar a aquellos dos tipos. Le juro que hablarán...

—Pero... Hay una cosa.

—¿Cuál?

—No recuerdo que les quitara sus pistolas. Todavía están armados.

—Mejor. Es posible que me vea obligado a matarles, después de hacerles hablar. Mis sistemas son bastante expeditivos, ¿sabe? Y así tendré la excusa de que me han dado motivos.

Se puso en pie, mientras murmuraba:

—Espéreme aquí. Cuestión de minutos...

En un despacho situado a no mucha distancia de allí, en el centro de Nueva York, cerca del edificio de la *Pan Am*, en la Avenida de Cristal, que es donde se considera debe tener su despacho el que realmente triunfa, acaba de sonar un leve timbrazo.

Una mano recogió el auricular. Era una mano femenina, muy bien cuidada y de deliciosas líneas. Su dueña prestó unos instantes de atención y luego dijo:

—Es para ti, querido.

El hombre que estaba en el despacho, tomó el auricular.

Tenía unos ojos inteligentes, pero al mismo tiempo duros y dañinos como los de un animal salvaje.

—Gracias.

Ella se recostó en el diván. Tenía unas líneas agresivas y mórbidas. Al mismo tiempo se notaba que, en el aspecto intelectual, no era una mujer cualquiera, sino de primera clase. Cuando se puso las gafas, pareció realmente una doctora. Pero en otros aspectos no lo parecía, como, por ejemplo, al usar aquella atrevida combinación negra.

El hombre escuchó.

Sus facciones sufrieron una sacudida.

—¿Qué dices? ¿Qué estáis viendo a Jim y a Larsen a través del telescopio? ¿Y que han fracasado?

La voz llegaba con perfecta claridad hasta él.

—Sí. Ya sabe que hemos vigilado la operación desde lo alto de Rockefeller Center. Nadie te impide que lleves un telescopio portátil

y que mires en la dirección que más te guste. Nosotros hemos localizado el edificio de oficinas y lo hemos centrado perfectamente en nuestro visor. No había gente en este momento. Hemos podido mirar con toda tranquilidad... Y Jim y Larsen han fracasado. Un tipo que ha saltado desde un helicóptero les ha dejado fuera de combate.

Se produjo un breve silencio.

—Señor...

El hombre de los ojos dañinos alzó un poco la cabeza.

—¿Qué?

—¿Me escucha, señor?

—¡Claro que te escucho, idiota!

—Le estoy hablando por radioteléfono desde el mismo Rockefeller Center. A esta hora no hay nadie aquí. Veo a Jim y a Larsen que se recuperan. ¿Qué hacemos?

En el despacho de la avenida de Cristal sonó una maldición.

Los ojos inhumanos brillaron, y la voz barbotó:

—Avisa a los otros. Tratamiento especial.

—¿Es... especial, señor?

—¡Mis órdenes no se discuten! ¡He hablado! ¡Y lo único que queda es obedecer!

—Bien, señor.

La comunicación fue cortada.

Los ojos dañinos brillaban quedamente en la penumbra del despacho. La hermosa mujer se quitó las gafas. Alzó sugestivamente una pierna.

—¿Te gusta más así, querido...?

Los dos granujas empezaban a recuperarse de los golpes recibidos. Aún tenían la sensación de que no les había atacado un ser humano, sino una especie de catapulta provista de dos piernas. A uno, el que tenía rota la mandíbula, le dolía la cabeza horribilmente. Y se daba cuenta de que aún tenía suerte, porque aquel golpe era de los que normalmente le hunden a uno la base del cráneo...

Los rascacielos más altos, que estaban muy lejos, parecían dar vueltas en torno suyo. Se pusieron en pie pesadamente. Caminaron como borrachos hacia la puerta de salida. Ésta estaba cerrada.

—Nos han acorralado...

—Trata de abrir... ¡trata de abrir, imbécil!

—No puedo. Está cerrada por dentro.

—¿Y para qué queremos las pistolas? ¿No podemos hacer saltar la cerradura a tiros?

—Tienes razón. Aquí está la mía.

Fueron a disparar. Lo que no sabían era que Bat Lemman les había reservado una buena sorpresa al otro lado de la puerta.

Nada menos que una granada de guerra estaba colgada de la llave, por medio de su anilla. Si disparaban, la harían saltar, y los dos hombres que estaban materialmente pegados a la puerta, se irían al infierno.

Pero eso no lo sospechaban. Estaban seguros de que iban a salvarse así.

No llegaron a disparar, sin embargo.

En aquel momento oyeron sobre sus cabezas el zumbido de las aspas de un helicóptero. Descendía a poca velocidad y runruneaba satisfecho como si le gustara el aire tranquilo y límpido de la mañana dominguera. En la cabina iban dos hombres, parte de cuyos cuerpos se distinguían con claridad.

Jim y Larsen miraron.

Y una brusca expresión de alegría iluminó sus rostros.

—¡Mira! ¡Son ellos!

—¡Son Tony y Bob!

—¡Vienen a por nosotros!

Estaban salvados. Llegaron hasta el centro del terrado y se pusieron a hacer señas frenéticamente.

El helicóptero seguía descendiendo.

—¡Ahora lanzarán la escala! ¡Muy bien, muy bien! ¡Abajo, muchachos, abajo!

Sus rostros reflejaban una frenética alegría porque al fin iban a lograr salir de aquella trampa.

De pronto, notaron que algo extraño ocurría. Fue concretamente Larsen el que lo notó.

Sus ojos reflejaron un horror absoluto, un espanto que estaba más allá de la muerte.

—¡Cuidado! ¡Cuidado, Jim, muchacho...!

Trataron de correr frenéticamente, llegando a algún punto donde estuvieran a cubierto, pero en el terrado no había ningún

techo, ningún cobertizo que les pudiera proteger del peligro que llegaba desde arriba.

Por un costado del helicóptero acababa de surgir no una escalerilla, sino una manguera. De ella salió un extraño chorro. Era un líquido blancuzco. Ese líquido se puso a hervir al tocar el suelo y abrasó materialmente las baldosas.

¡Era vitriolo! ¡Era ácido sulfúrico de alta concentración!

¡Iban a quemarlos vivos!

Los dos hombres corrieron desesperadamente, alocadamente, por el inmenso terrado, mientras el segundo chorro de la manguera fallaba también. Pero el helicóptero estaba cada vez a más baja altura. Sus deslizadores ya casi les tocaban las cabezas. La mortífera manguera se dispuso a lanzar su tercer chorro.

Y esta vez acertó. Acertó de lleno, al menos sobre James.

Se oyó un terrible alarido de muerte.

Todas las ropas del forajido desaparecían abrasadas, y su misma cara se había puesto a arder.

El otro le miró con horror. Sintió que un frío mortal le llegaba hasta los huesos.

Cayó de rodillas.

De sus labios no escapó más que una inútil, una desesperada súplica:

—Nooo... ¡Noooo...!

La manguera estaba a pocas yardas por encima de su cabeza. Era de metal flexible, para que pudiera resistir los efectos corrosivos del ácido. Y lanzó su mensaje de muerte.

La garganta del pistolero emitió un alarido terrible.

El líquido cayó de lleno sobre él. Se puso a arder igual que su compañero, que ya ni siquiera gemía.

Los del helicóptero dieron media vuelta, calmamente.

—De acuerdo... Misión cumplida... —dijo el piloto—. A casa...

CAPÍTULO XI

SALUDOS DESDE EL CIELO

Bat Lemman estaba abriendo la puerta. Descolgó la bomba antes de hacerlo. Y fue entonces cuando oyó aquellos angustiosos alaridos de muerte.

Al encontrarse de nuevo en el terrado, le pareció asistir a una escena irreal. Dos cuerpos se contorsionaban desesperadamente, en una angustiosa agonía. Espumeaban, como si les hubiese cubierto la lava de un volcán. El suelo también parecía quemar.

Bat Lemman casi no podía creerlo.

¡Ácido sulfúrico!

¡Les habían «duchado» con él, para que se abrasasen!

Pero la escena no había terminado. Al alzar los ojos, atraído por el ruido de las aspas, lo comprendió. Al parecer, «la fiesta» iba a continuar con él. Porque él también tenía su ración.

Los dos del helicóptero volvían.

Le habían visto y estaban dispuestos a no dejar testigos a su espalda. La boca de la manguera surgía de nuevo.

Bat Lemman apenas tuvo tiempo para reaccionar.

De pronto, el líquido saltó hacia él. Un chorro de muerte voló hacia su cara.

Sólo su agilidad pudo salvarle. Dio una vuelta completa en el aire para esquivar el mortal líquido. Fue una pirueta digna de los Juegos Olímpicos. Los del helicóptero se dispusieron a dar otra vuelta.

—No tiene donde refugiarse. ¡Dale!

—¡Con mucho gusto!

El que empuñaba la manguera lanzó una carcajada, como si se dispusiera a realizar la tarea más divertida del mundo.

No se dio cuenta de que su víctima acababa de alzar la mano derecha, como si lanzase algo.

No se dio cuenta de que un objeto pequeño, en forma de piña, volaba hacia el helicóptero.

Cuando lo vieron, era ya demasiado tarde. La puntería había sido prodigiosa. La granada iba a entrar por la única de las portezuelas que estaba abierta.

Ya no tenían tiempo de esquivar, aunque uno de los hombres dio un terrible golpe al timón de altura.

La granada estalló entre los dos. Se produjo una horribilísima explosión al derramarse la gasolina incendiada. Los dos hombres cayeron sobre el terrado, convertidos en piras humanas.

Un verdadero mar de llamas se extendió por el terrado, sin que se propagaran al resto del edificio, porque éste se hallaba construido con material anticombustible. Desde todos los rascacielos de Nueva York debió verse el dantesco espectáculo.

Bat Leman se introdujo un cigarrillo en los labios, mientras se disponía a bajar.

Se palpó los bolsillos y murmuró:

—¡Qué lástima! Ahora no puedo encender. No tengo fuego...

CAPÍTULO XII

EL APACIBLE BAT LEMAN

Los muelles de Nueva York, que como todo el mundo sabe son inmensos, comienzan ya en la bahía, en el gigantesco puente Varrazzano, y se remontan por el Hudson hasta las alturas de la gran urbe, prácticamente finalizando en el río Harlem. Como es lógico y sabido, los muelles de Nueva York han sido y son también uno de los negocios más fabulosos del siglo xx.

Marlon Brando, hace años, protagonizó una gran película donde se exponía crudamente la situación y que se titulaba *La ley del silencio*. Ninguno de los problemas que esta película denunciaba ha sido resuelto, sino que, al contrario, han aumentado. Hoy, los muelles de Nueva York siguen siendo un negocio fabuloso para unos cuantos y al mismo tiempo uno de los lugares más secretamente peligrosos del mundo.

El transportista que no paga una determinada «protección» a los *gangs*, no entra en la zona portuaria, y si entra se le incendia el camión incomprensiblemente, a veces con él dentro. El estibador que no cotiza, o es despedido, en el mejor de los casos, o en el peor de ellos cae al agua, de donde ya no vuelve a salir; el buque que quiere ser descargado antes para aprovechar otro flete, debe pagar también. Y a veces si la mercancía es de las que se estropean fácilmente, se le aumenta la prima a mitad de la operación. Y si no paga el suplemento, la mercancía queda amontonada en los muelles, expuesta al sol o a la lluvia. Y se va al infierno.

Naturalmente, esto no lo nota el simple paseante. Pero es un problema que al fiscal del Distrito no le deja dormir.

Éste era también un problema que daba vueltas y más vueltas en

la cabeza de Bat Leman.

Mientras descendía poco a poco por la avenida Doce, en aquel tranquilo mediodía del domingo. En las oscuras casas de vecindad de las avenidas Diez y Once, mucha gente de color tomaba el sol; algunos pequeños jugaban entrando y saliendo de los coches abandonados en plena calle; todo respiraba paz.

Pero para Bat Leman no había paz. Bat Leman iba a matar a un hombre o quién sabe si a muchos hombres.

Un buque estaba siendo descargado.

Era un panzudo y negro buque alemán, con matrícula de Hamburgo. Grandes cajas muy bien cerradas eran izadas por la grúa; flotaban un momento sobre el agua y, al fin, eran depositadas suavemente en las oscuras entrañas del carguero. Dos docenas de hombres, aproximadamente, se afanaban en aquella tarea. Bat Leman les miró como un visitante distraído más. Pero por detrás de sus ojos entrecerrados pasaba un sombrío pensamiento: aquél iba a ser su domingo de sangre, su domingo loco.

La zona pertenecía a Theodor Glompos. En aquellos tinglados estaba su cuartel general.

Bat Leman entró en uno de los grandes almacenes.

En éste, a la sombra, descansaba un enorme «Lincoln Continental». Sólo los auténticos millonarios podían permitirse un coche así, con la particularidad de que Glompos tenía media docena como aquél. Su «Jaguar», traído desde Inglaterra, no había entrado apenas en cadena; había sido hecho casi expresamente para él y prácticamente a mano.

Bat Leman conocía bien el terreno. No era la primera vez que entraba allí, aunque en las anteriores ocasiones había venido con intenciones menos violentas.

Un tipo estaba en lo alto de aquellas escalerillas, en la parte superior de las cuales había un nuevo almacén, con una serie de despachos.

Miró a Bat Leman.

—No puede pasar, amigo.

—Quiero ver a Theodor Glompos.

—No está aquí.

—Pero está aquí su coche.

—Quería que le abríáramos las ruedas. Por eso lo ha dejado.

Pero él no está.

—Tiene un minuto para reflexionar, compadre.

—¿Para reflexionar qué?

—Si Glompos aparece o no aparece.

Los dos hombres se catalogaron mutuamente. Buena planta, buena musculatura. Dos tipos de hombre que hubieran sembrado el terror por los *rings*.

El guardián masculló:

—No aparece.

Y pasó a actuar por la vía rápida. Su derecha se movió instantáneamente. De ella surgía un punzón gordo, brillante, pero que clavado en la garganta de un hombre se la desgarraba mortalmente en cuestión de segundos.

Bat Leman vio venir aquello.

Ni siquiera pestañeó.

Detuvo el golpe con la izquierda, y con la derecha dio a su enemigo un golpe bajo, uno de esos golpes que obligan a rascarse, incluso después de llegar al otro mundo. El guardián ni siquiera chilló. Quedó amarillo y luego verde. Instantáneamente le fallaron las fuerzas; se derrumbó.

Leman no perdió tiempo con él. Sujetándolo por debajo de los hombros, le envió desde la escalera al suelo del almacén.

La altura era suficiente para que no estorbase. Y, en efecto, después de un leve estruendo, el hombre ya no volvió a moverse más.

Leman siguió adelante.

El tipo que le salió al encuentro, atraído por el ruido, era delgado y con las facciones afiladas; tan afiladas, como el cuchillo que empuñaba en la mano derecha.

Bat Leman no estaba dispuesto a perder tiempo. Al otro le había dado una oportunidad de un minuto; a éste no se la dio.

Cuando la cuchillada iba recta a su corazón, él se ladeó rápidamente mientras tendía los brazos hacia el lado contrario.

Sujetó a su enemigo por el cuello y le volteó. Las vértebras cervicales soportaron durante unos instantes todo el peso del cuerpo. No pudieron resistirlo.

Bat Leman había ensayado, muchas veces aquel golpe, con maniqués, y sabía que no fallaba. Ya ni siquiera se volvió para

mirar a su enemigo.

Estaba seguro de que no volvería a moverse más.

Siguió andando.

En uno de los despachos, había movimiento. En una caja similar a las que estaban cargando en el mercante alemán, pero marcada con un gran disco negro, dos hombres estaban metiendo un cadáver. Los dos se volvieron como si les hubiese picado un reptil, al oír llegar a Leman.

Éste sonrió desde la puerta.

—¿Quién era el fiambre? ¿Uno que no estaba conforme? ¿O que quizá iba a ir con un soplo a la policía?

Los dos hombres tampoco vacilaron. Estaban acostumbrados a la acción rápida y fulminante. No eran tipos de los que piensan, sino de los que matan.

Uno de ellos extrajo un revólver de cañón corto; ya no importaba meter ruido.

No llegó a disparar.

Leman le propinó un terrible puntapié en la mano derecha, antes de que apretara el gatillo. El revólver voló por los aires. Mientras tanto, su segundo enemigo ya le atacaba con una larga navaja de resorte.

Pero no eran especialistas. Leman sujetó la mano del que empuñaba la navaja y la desvió haciendo que saliera materialmente disparado hacia el cuerpo del primer enemigo. Hacía falta una fuerza excepcional para aquello, pero Bat Leman estaba entrenado. El individuo de la navaja se enteró con horror, de lo que sucedía, cuando la vio clavada hasta las cachas en el cuerpo de su propio compañero.

Éste lanzó un alarido.

Cayó hacia adelante, mientras el de la navaja intentaba clavársela. Pero el cuerpo del muerto le trababa. No pudo evitar que Bat Leman le golpeará en la nuca dos veces, con el canto de la mano abierta.

Hubo bastante.

Los dos hombres formaban en el suelo un confuso montón. Los de fuera, los que transportaban al carguero, no se habían enterado de nada. Pero el que sí se había enterado era Theodor Glompos, que estaba en el despacho contiguo.

Llevaba en uno de sus bolsillos una pitillera de oro, de gran tamaño y de gran valor. La sacó.

Era una pitillera muy especial, que servía para todo, menos para guardar cigarrillos.

Al abrirla a la cara de uno, fingiendo ofrecerle tabaco, podía despedir una vaharada de gas mortal; dando un golpecito con ella de modo muy especial, como si se hiciera un gesto amistoso, surgía una punta envenenada que acababa en cuestión de segundos, con la víctima.

Pero la pitillera tenía otras dos utilidades, una que Glompos conocía y otra no.

La depositó sobre una pequeña plaquita metálica que había en su mesa y se estableció contacto. La presión de sus dedos hizo que una señal luminosa se encendiera en un lujoso despacho que estaba en el mejor sitio de Nueva York, en plena Avenida de Cristal.

La mujer se había quitado las gafas otra vez.

Cruzó las piernas de una forma enloquecedora, mientras decía con una voz suave y baja:

—Querido, parece que Theodor Glompos está en peligro.

El hombre se enderezó.

Miró la señal luminosa que le enviaba la nota de alarma a través de la distancia.

—Un peligro grave —susurró—. La luz es de intensidad tres.

En efecto, Theodor Glompos apretaba frenéticamente la pitillera sobre la plaquita metálica de su mesa.

Bat Leman había aparecido en el umbral.

Sus ojos duros, inhumanos, demasiado tranquilos, eran como una sentencia de muerte. Glompos balbució:

—¿Qué quiere...?

—Está usted muy bien protegido, Theodor. Veo que se ha convertido en un personaje.

—¿Qué ha sido... de mis hombres?

—Descansen en paz —dijo lacónicamente Leman—. Y hasta estoy por sentir su muerte, créame. Quizá, en el fondo, eran buenos chicos.

A Glompos le temblaron hasta los dientes.

—¿Por qué ha acabado con ellos? ¿Qué pretende de mí?

—Yo soy quien pregunta, Glompos. Y la pregunta es muy

sencilla: usted estaba frente al hotel de los Ángeles, la mañana en que mataron a Silverton.

—¿Y qué? Debía haber mucha gente allí.

—¿Estaba o no estaba?

—Tal vez sí, pero eso no tiene importancia.

—Quizá la tenga, si se comprueba que acompañó hasta la puerta al asesino.

Theodor Glompos palideció brutalmente.

Sus labios se entreabrieron, mientras balbucía:

—Nadie puede asegurar eso.

—Cierto, nadie puede asegurarlo, puesto que, además, el hombre que bajó de su coche podía no ser Wellington. Pero como base para ir de cabeza a un tribunal, las conjeturas que tengo yo bastan. De modo que suéltelo, personajito: ¿estaba o no estaba en Los Ángeles, aquella inolvidable mañana?

—Puede que sí, puede que no.

—Bonita respuesta para un interrogatorio de la policía, pero para mí no vale. Yo iré más lejos que esos tipos de los uniformes azules, personajito. Yo te rebanaré el pescuezo si no me gustan tus respuestas, de modo que empiece a prepararlas y a tomarme las medidas. La primera pregunta es: ¿estabas o no estabas?

—Puede...

Bat Leman movió la mano derecha. La movía al parecer ligeramente, sin ganas.

Todo el tabique nasal de Glompos quedó destrozado; Bat Leman le había golpeado sólo con dos dedos, pero precisamente ahí estaba la contundencia seca e implacable de su golpe. Glompos se puso a lloriquear; su boca dibujó una mueca de horror, porque supo que aquel individuo no se andaría por las ramas; que quizá había pensado ya matarle.

—No sé nada... —gimoteó—. ¡Yo no estaba allí!

Seguía apretando la pitillera con la mano derecha, manteniéndola fija en la placa de metal de la mesa. Todo lo que se hablaba en aquel despacho, era captado en el otro mucho más lujoso de la Cuarta Avenida.

La hermosa mujer se había quitado las gafas y se las había puesto otra vez. Estaba nerviosa.

—Corre peligro —balbució.

El hombre tenía las facciones desencajadas.

—Mucho.

Theodor Glompos seguía teniendo la derecha quieta sobre la pitillera. Así le habían ordenado que lo hiciese. Así su jefe estaría informado de todo lo que ocurriese.

Pero la pitillera servía para algo más; algo que él ignoraba. Tenía otra utilidad que, caso de conocerla, le hubiese arrancado un grito de horror.

En el despacho de la avenida de Cristal, el hombre de los ojos quietos e inhumanos había tomado una decisión.

Murmuró:

—Ese pobre Glompos está asustado. Demasiado asustado. Terminaría hablando, el muy imbécil...

Se levantó del diván, abrió su caja fuerte y oprimió un resorte que había dentro de ésta.

Glompos no había retirado la mano de la pitillera. Había seguido fielmente las órdenes que le dieron.

Y por eso recibió de lleno la sacudida eléctrica. Todo su cuerpo se convulsionó estremecido. Lanzó un grito de horror, mientras su derecha quedaba más pegada aún a la pitillera y a la placa metálica de la mesa, conectada, sin que él lo supiera, a una red de alta tensión.

Si Bat Lemman le hubiera estado tocando en este momento, habría muerto también. Pero, afortunadamente, no le tocaba.

En su rostro hubo un levísimo gesto de asombro, al ver que el otro moría electrocutado. Pero, inmediatamente, quedó tan impasible como si estuviera viendo los anuncios de la televisión.

Al fin, Theodor Glompos cayó pesadamente a tierra. La descarga había cesado. Su mano derecha estaba quemada materialmente.

Bat Lemman no le tocó. Sabía que era muy peligroso hacerlo de momento hasta que el cuerpo se hubiera desprendido de la descarga eléctrica.

La red de que aquel muerto había formado parte estaba mucho mejor organizada de lo que Bat Lemman sospechó. Era una red que llegaba hasta lo más hondo y quizá también hasta lo más alto. Una red al final de la cual estaba... ¿quién?

Fue a la habitación donde había visto el cajón con el cadáver. Metió los otros dos también, y lo cerró sólidamente.

—Vais a estar un poco apretados —murmuró—, pero como dicen que el último viaje dura poco...

Y se situó en una zona de sombra.

Instantes después, cuatro operarios aparecieron con una carretilla. Intercambiaron unas cuantas palabras de extrañeza al no encontrar a nadie allí, pero, al fin, cargaron la caja y se la llevaron. Bat Leman fue tras ellos sin ser notado.

Vio cómo la caja era sujeta por las pinzas de la grúa. Vio cómo ésta pasaba por encima de las aguas antes de llegar al buque. Y vio, por fin, cómo vino de los garfios se rompía, igual que si fuera por simple accidente.

La caja se hundió en las profundas aguas del Hudson...

El que dirigía la carga y descarga, un individuo grueso que manejaba un garfio gritó:

—¡No vale la pena! ¡La mercancía está asegurada! ¡Que nadie busque!

Bat Leman se pasó una mano por la barbilla.

—Bien... Bonito modo de hacer desaparecer al prójimo.

Y mientras tanto, centenares de coches rodaban por la Avenida Doce, sin fijarse siquiera en aquello, tan tranquilos...

CAPÍTULO XIII

LAS CARTAS SOBRE LA MESA

Otra vez aquella mujer que había maravillado a tantos hombres pocos años antes, aquella mujer que había ocupado las portadas de las mejores revistas y los titulares de los más acreditados periódicos, rodaba a poca velocidad hacia Washington, bordeando la autopista del Potomac, en su coche preparado especialmente para una inválida. Aquella mañana, había tenido que subirla al coche un hombre que no era Roland, pues Roland —oficialmente— estaba de permiso. Y Sandra, poco después de salir de la casa, se había puesto cómoda, estirando bien las piernas, cosa que en teoría no podía hacer, pues estaba imposibilitada de cintura para abajo.

Otra vez dejó el coche en el *parking*, aunque esta vez habían elegido para la cita un lugar distinto. Se trataba del *parking* de unos grandes almacenes, en cuyo último piso había una gran cafetería. Ella avanzó con desenvoltura, sin fijarse en nadie más que en el hombre que la esperaba en una mesa situada al fondo. Bat Leman se puso en pie al verla venir y le tendió la mano, apretándosela con fuerza.

Había muchos inconvenientes, muchos peligros para Sandra, con lo que estaba haciendo. Alguien podía reconocerla e ir a Rockman con el soplo de que ella ya no estaba paralítica, aunque fingía estarlo. Pero, tal como estaban planteadas las cosas, a Sandra ya nada le importaba eso. Faltaba tan poco tiempo para culminar su plan, que Rockman no tendría tiempo de reaccionar aunque quisiese.

Bat Leman la miró sonriente.

Tenía una sonrisa plácida el muy canalla.

Una sonrisa que era, incluso, de buen chico.

Y tal vez en el fondo lo fuera, porque Bat Leman sólo atacaba en el caso de extrema necesidad. Tal vez en el fondo lo fuera, porque había ayudado a salir del atolladero, sin acusarles de nada, a muchos traficantes de droga que aún admitían redención y aún podían cambiar de vida. Tal vez en, el fondo lo fuera, porque muchas consignas implacables de sus jefes se negaba a obedecerlas.

Y sobre todo a ella, aún la apreciaba.

Aún le profesaba la misma amistad limpia, desinteresada, que cuando los dos iniciaban juntos un camino que luego había de ser tan distinto.

Todos esos pensamientos pasaron como un relampagueo por la cabeza de Sandra, mientras ella tomaba asiento.

Pero no la emocionaron de ningún modo. Si algo había quedado seco del todo en este mundo después del accidente, ese algo era el corazón de Sandra. De modo que se limitó a sonreír suavemente mientras murmuraba:

—¿Por qué me has llamado?

—Necesitaba hablar contigo. Es muy importante.

—¿Muy importante? ¿En qué sentido?

—Voy a hablarte claro, Sandra. Aunque mucha gente nos vea, nadie nos oye esta vez. Quiero poner las cartas sobre la mesa.

—¿Las cartas? Estás un poco extraño esta mañana, Bat... ¿A qué viene esa expresión alarmista? ¿Qué te pasa?

Él le ofreció un cigarrillo. Se lo encendió con movimientos calmosos.

—Verás... Una de las cosas importantes que suceden, pero no la única, es que se estrecha el cerco en torno a Rockman. Llegará un momento en que se obtendrán pruebas contra él y será llevado ante un tribunal. No quiero que cuando eso suceda estés metida tú en el mejunje infernal que va a armarse. Aunque sólo te alcanzaran las salpicaduras, ya me dolería íntimamente.

—¿Por qué van a alcanzarme las salpicaduras?

—Estás liada con él.

Sandra dijo, con el mayor cinismo:

—Bueno... Soy su amiga...

Bat apretó los labios un momento, pero no hizo ningún comentario. Demasiado sabía lo que era ella. Olvidándose de sus pensamientos, le dirigió una sonrisa amistosa y susurró:

—Te dije eso la última vez que nos vimos. Parece que no lo has tenido en cuenta. Te dije que te apartaras de él.

—He de pensarlo.

—Es que, mientras tanto, han ido sucediendo otras cosas, Sandra.

—¿Qué cosas?

—Tú sabes muy bien que Rockman te había buscado una sustituta.

—Sí. Otra reina de belleza, ¿y qué?

—Ha muerto.

Sandra entrecerró los párpados. Conocía aquella noticia por la televisión, puesto que había sido una noticia de alcance mundial. Ella veía con frecuencia la televisión, desde que en la fabulosa casa junto al río Potomac no entraban los diarios. Pero si la muerte de la «reina» la había impresionado, no lo demostró.

Bat susurró:

—No sólo es eso.

—¿No?

—Verás... Desde hace tiempo se está produciendo una cadena extraña de muertes en las filas de Rockman, antaño tan fieles y tan bien organizadas. Todo empezó con el asesinato de Silverton en el hotel Kefauver de Los Ángeles. Tengo pruebas de que el propio Rockman acompañó al asesino hasta allí. Le fotografiaren casualmente. La muchacha siguió impassible.

—Quizá Silverton le traicionaba y él decidió eliminarle —dijo sencillamente.

—Es posible, aunque no parece haber pruebas de que le traicionara por ningún lado. El caso fue que esa muerte provocó otras muchas, pues Rockman, lógicamente, se negaba a ser identificado como inspirador del crimen. Acusado de una cosa, podía ser acusado de cien más; todo su tinglado se hundía. En consecuencia trató de hacer arrojar desde un piso treinta a la chica que había obtenido la foto y... En fin, sucedieron tantas cosas que no hace falta que te las detalle aquí, una por una. Pero lo cierto es que el imperio de Rockman se hunde. No sé exactamente por qué y, sin embargo, se hunde a pasos agigantados. Sus mejores hombres desaparecen o mueren. Mujeres que él debía apreciar mucho, como, por ejemplo, tu sustituta, la *miss* Mundo, que acabó destrozada en

París, sufren una horrible muerte... No sería capaz de decirte ahora lo que ocurre, pero sé una sola cosa, Sandra. Y tengo una sola convicción: debes apartarte de él cueste lo que cueste. Lárgate de ese maldito ambiente antes de que sea demasiado tarde.

Ella tampoco contestó.

Tenía los labios apretados.

Una arruga dura y obstinada se dibujaba en su frente.

—Lo pensaré —dijo—. Gracias por tu buena voluntad, Bat.

—No debes agradecerme nada.

—Al menos sé que me aprecias.

—Te aprecio desde que éramos unos muchachos —repuso él—. ¿A qué negarlo? Pero ha llegado el momento de que tú también te aprecies a ti misma. De que salgas de este atolladero sin sentido en que estás metida.

—Dame un poco de tiempo, Bat —dijo ella, con voz tensa—. Te juro que tendré tus palabras en cuenta.

—Es todo lo que quería pedirte. Y ahora adiós, Sandra. Quizá sea un compromiso para ti el verte conmigo.

—Esos compromisos me importan ya muy poco.

—Mejor. Eso significa que te despegas de Rockman.

Ella también se puso en pie. Siguiendo una vieja costumbre, le ofreció sus labios y los dos se besaron brevemente. Nadie les prestó demasiada atención, a pesar de que la muchacha era espléndida y a pesar de que la pasión parecía vibrar en su carne.

Pero esa pasión no era la que todos imaginaban.

Sandra llevaba muchos años sin amar; Sandra solamente odiaba. Sandra detestaba a todos los que estaban sobre ella, en especial a las mujeres que la habían desbancado. Sandra era incluso incapaz de agradecer las palabras del hombre que sólo trataba de salvarla.

—Te acompañaré hasta el aparcamiento —dijo él—. Supongo que tienes abajo tu coche.

—Sí, claro.

—Sobre todo piensa en lo que te he dicho, Sandra. Quiero ayudarte.

Ella no contestó. La arruga en su frente se había hecho más dura, más profunda. Sus ojos volvían a ser pequeños como cabezas de alfileres y destilaban un brillo metálico.

La zona del enorme *parking* en que ella tenía su coche estaba a

un extremo. No había nadie allí; sólo los automóviles, silenciosos y vacíos. Ella se puso al volante y dio contacto, además de encender las luces.

Desembragó y metió la primera.

—Me parece que tengo una luz fundida, Bat —dijo, a través de la ventanilla—. ¿Quieres mirar?

—Claro; desde luego.

Él se situó entre el coche y la pared maestra del *parking*. Miró las luces. Vio que estaban perfectamente bien. Pero mientras miraba las luces, no miraba la cara de Sandra.

No veía aquella expresión diabólica.

No distinguía aquellos ojos de mujer que sólo anhela destruir, pisotear, humillar, vengarse. Aquellos ojos que parecían haber surgido de lo más profundo de la selva humana. Aquella mirada de la hembra que había soñado ser la más poderosa del mundo y que ahora sólo ansiaba vengarse de todos los que le cerraban el paso.

Incluso de Bart Leman, que sólo quería ayudarla. Incluso de Bat Leman, que se estaba metiendo en un terreno donde a ella no le convenía que se metiese.

Sandra soltó de pronto el embrague.

Sus dientes chirriaron.

Lanzó una carcajada corta y satánica.

El poderoso morro del coche aplastó a Bat Leman contra la pared. Luego ella puso velozmente marcha atrás, retrocedió para dar impulso al coche, metió primera de nuevo y se lanzó con toda la fuerza de sus ocho cilindros.

Otra vez Bat Leman recibió el golpe.

Cayó al suelo, en el sórdido rincón del *parking*, mientras su cuerpo se teñía de sangre.

Pero Sandra estaba muy equivocada si creía que le había matado. Sandra no sabía que aquel hombre era uno de los *catchers* más duros del mundo y que, además, estaba entrenado para soportarlo todo. Sandra no se dio cuenta de que sólo tenía las dos piernas rotas, pero que su pasmosa resistencia aún le permitía pensar... ¡y moverse!

Desde el suelo, Bat Leman disparó dos veces contra los neumáticos, pero ya no pudo alcanzarlos. El coche dio un bandazo tremendo, chocó con otro, se llevó por delante un retrovisor y salió

del *parking*, aullando. Sólo en las taquillas de control moderó su velocidad. Se dio cuenta de que, afortunadamente, nadie había escuchado los disparos allí.

Un momento después estaba en la calle.

Llevaba la inquietud, el miedo clavado en los nervios.

Pero cuando tienen miedo, es cuando las fieras son más peligrosas.

Sandra estaba dispuesta a acabar... A acabar... Aquél iba a ser su día rojo, su día de funeral, su día teñido de sangre.

CAPÍTULO XIV

UN TRUENO EN EL CIELO AZUL

Mientras tanto, en un elegante despacho de la Avenida de Cristal, en el sitio más elegante de Nueva York, la mujer de la atrevida combinación negra se había puesto las gafas, otra vez. Tenía de nuevo aquel aire especial, embriagador, aquel aire «distinto» de intelectual perversa, de mujer que conoce todos los resortes de la cultura y todos los secretos del amor. La mujer de la atrevida combinación negra se reclinó en el diván y se dio cuenta de que los ojos del hombre que estaba frente a ella, recorrían sus líneas ansiosamente.

—¿Te gusto más así, querido? —musitó.

Era una frase casi habitual.

Pero ella sabía que así era.

Sabía que le volvía loco.

Él se dispuso a acercarse para besarla.

El hombre que había ordenado tantos crímenes, el que había liquidado a parte de la banda del propio Rockman, atravesó a pasos menudos aquel aire quieto, selecto, del despacho de la Avenida de Cristal.

Sólo veía a la mujer.

Sus ojos.

Sus piernas...

Su atrevida combinación negra.

Pero entonces sucedió otra de las cosas aparentemente sin sentido que habían sucedido en los últimos días. Entonces, lo incomprensible volvió a aparecer. Entonces, algo que la misma policía de Nueva York no llegaría a entender nunca, se produjo como un chispazo.

La mujer sonreía.

Tenía una sonrisa enigmática.

Quieta...

Debajo de su cuerpo asomó la forma niquelada de su pistola de pequeño calibre. Era un arma de poca potencia, pero absolutamente mortífera a aquella distancia. El hombre se detuvo y la miró parpadeando. No lo entendía. Realmente no llegó a entenderlo jamás.

No tuvo tiempo.

La primera bala penetró entre sus cejas.

La segunda en su corazón.

La tercera en el pulmón derecho...

La mujer se levantó del diván y desperezó sus formas ondulantes. Vestida como iba, con aquella camisita corta, pasó por encima del cadáver. Con voz burlona, preguntó:

—¿Te gusta más así, querido...?

Y se dirigió a una de las ventanas. La abrió e hizo una seña al edificio de despachos que tenía enfrente.

Había convenido hacerlo así.

Rockman le pagaba una fortuna, por eso.

Agitó la mano mientras sonreía. Había realizado bien su trabajo y ahora no le quedaba más que cobrar.

El pensamiento se repetía en su cerebro, una y otra vez, produciendo en la hermosa mujer una chispita secreta de felicidad. No se dio cuenta de que, al otro lado de la amplia calle, el hombre a quien iba destinada aquella seña, acababa de montar su rifle de calibre especial con mira telescópica. No se dio cuenta de que su frente quedaba enmarcada en el visor de aquella siniestra arma.

El disparo no sonó.

Fue solo un taponazo.

Entre los mil rumores de la Cuarta Avenida, una de las más concurridas del mundo, nadie se dio cuenta de aquel sonido. Nadie se dio cuenta tampoco, de que una especie de rosa roja se dibujaba en la cabeza de la hermosa mujer. Nadie se dio cuenta de que caía, hacia atrás, con una última expresión de asombro dibujada en su rostro...

El propio Rockman desmontó el rifle y lo guardó en el estuche forrado de terciopelo rojo. Luego salió del despacho. Una suave

sonrisa flotaba en su rostro.

Un taxi le esperaba, abajo.

—Al aeropuerto de Laguardia, pronto —dijo—. Tengo allí un avión privado que me espera para volver a Washington...

Ningún periódico neoyorquino se ha podido informar exactamente acerca de lo que ocurrió con Rockman. Nadie ha comprendido el misterio de algo que, sin embargo, fue explicado hace seis mil años. Porque los tiempos han cambiado, pero el orgullo de los hombres, no. Nadie ha podido justificar aún lo que sucedió después del trueno. El último trueno en el cielo azul.

Nadie ha podido hallar la pista, la huella, la inesperada solución. Y, sin embargo, los propios arqueólogos han dado la clave muchas veces. Bastaba con recordar que poquísimos hombres en el mundo podían hacer eso, pero Rockman... ¡Rockman sí que podía!

Cuando Sandra llegó en su automóvil a la fabulosa mansión del río Potomac ignoraba por completo la muerte de la mujer de la combinación negra, a la que ni siquiera conocía. Ignoraba que Rockman ya estaba de regreso en Washington e ignoraba que el trueno iba a sacudir el cielo otra vez. Sandra se preparaba para el último acto de su diabólica venganza, pero no sabía que las circunstancias le iban a ser tan favorables. Ignoraba que las cosas se le pondrían tan bien como jamás pudo soñar.

Por lo pronto le extrañó que no hubiera nadie en el garaje, cuidando aquello. Ni los vigilantes en las puertas. Ni los guardaespaldas de servicio. Ni los criados...

Era incomprensible.

Cuando la hermosa mujer descendió de su automóvil, sintió incluso que se le secaba la boca. Una fuerte sensación de irrealidad la dominó. Tuvo la extraña, la increíble impresión de que acababa de entrar en su propia tumba.

La tumba más fastuosa del mundo.

Una de las más lujosas villas que existían en este planeta.

Y es que, en verdad, la inmensa casa junto al río Potomac parecía, como nunca, un cementerio.

Sandra avanzó poco a poco.

Nadie.

Sólo el vacío la rodeaba. La propia luz parecía venir de otro planeta. La soledad era tan absoluta que sintió en los nervios un frío

de hielo.

Pero terminó sonriendo.

No entendía aquella circunstancia. No trataba de analizarla, tampoco. El caso era que favorecía sus planes y estaba dispuesto a aprovecharla.

No se preocupó de su silla de ruedas.

¿Para qué disimular ya?

Quería que Rockman la viese tal cual era; quería que se enterase de lo que había estado despreciando durante tanto tiempo, convirtiéndola en un mueble de lujo al que tarde o temprano habría acabado por eliminar.

Los pasos de Sandra resonaban en los pasillos vacíos.

Su frente estaba contraída.

En sus ojos brillaba de nuevo aquella lucecita diabólica.

Entró en el despacho de Rockman. Éste se hallaba quieto mirando una cosa sin sentido: un reloj de arena. Sus ojos apenas se movieron. No demostró ninguna sorpresa al verla andar, cuando aún pensaba Sandra que la creía una paralítica.

Por lo tanto, fue ella la primera sorprendida.

Balbució:

—¿Qué pasa? ¿No te extraña que ande?

Él la miró de una forma lejana y abstracta. Parecía fuera de este mundo. Rockman, uno de los magnates de la droga, un multimillonario, un auténtico rey oriental, no tenía fuerzas ni para mirarla. Lo único que dijo fue:

—Te doy las gracias, Sandra.

Ella tuvo una crispación. No lo entendía.

Haciendo un esfuerzo, bisbiseó:

—¿Las gracias? ¿Por qué?

—¿Piensas que soy tonto? ¿Piensas que no me he dado cuenta de, que matabas a mis mejores hombres, para dejarme indefenso?

La mujer palideció. Sus piernas temblaron.

El revólver que sostenía, también tembló. Jamás hubiese pensado que le iba a ser tan difícil dominar su mano derecha. Con voz velada, dijo:

—De modo que... ¿lo sabías?

—Sí. Sabía que me odiabas y pensabas acabar conmigo. Sabía que ya te habías recuperado de tus lesiones. Sabía también que

mataste a Jessica porque yo me fijaba en ella, y que, caso de poder hacerlo, habrías matado a la «reina sustituta» en Londres. Pero no te preocupes: fui yo mismo quien la hice matar. Fui yo quien hice matar también a mis mejores auxiliares, como Anderson y *madame* Vanisher. Soy yo quien se felicita que muchos de ellos estén sepultados aquí.

Ella apenas pudo balbucir:

—¿Tú...? ¿Tú? ¿Pero por qué...?

—Porque estaba preparando mis propios funerales, Sandra. Porque yo quiero quedar sepultado con mis siervos, como un antiguo rey oriental. Tengo una enfermedad incurable y sé que voy a morir. Por eso he elegido una muerte digna de mí, un maravilloso funeral. Por eso he elegido la mejor tumba del mundo, muy superior en todo a la de los antiguos reyes de Oriente: esta casa.

—Lo... lo que dices es absurdo... —gimió ella, sintiendo que se quedaba sin voz—. No es posible. Nadie ya a enterrar, a sepultar esta casa...

—¿No? —preguntó él con sorna—. ¿Y los truenos? ¿No has oído los barrenos enormes con que empezaban ya a desplazar la montaña sobre la casa? Hace un año que no entran aquí periódicos para que no conocierais la noticia que sólo algunos íntimos sabían. La televisión podíais oírla, pero la televisión no da noticias locales. Podíais enteraros por la radio del coche, pero no se produjo esa casualidad. La situación es ésta, Sandra: Se va a producir un desvío del Potomac para construir una presa, y esta casa debe quedar sepultada. Quisieron indemnizarme, pero, ante la sorpresa inmensa de todos, ni eso acepté: Sólo pedí que al asunto se le diera una publicidad mínima. Sabía ya que iba a morir entre inacabables sufrimientos y me había preparado era mi propio fin. Mis mejores criados han muerto. Mi gente de confianza también está enterrada aquí. Son unos funerales fantásticos, Sandra, unos funerales dignos de un auténtico rey de Oriente. Sólo faltamos... tú y yo.

Ella sintió que iba a caer. De pronto, fue incapaz incluso de respirar. Le faltaban fuerzas para levantar el revólver. La sensación de irrealidad, de pesadilla, era más fuerte que ella misma.

Tuvo que hacer un terrible esfuerzo para susurrar:

—No hundirán esto... No aplastarán la casa con la montaña... Aquí hay inmensidad de obras de arte que deben ser salvadas...

—Green que las he sacado ya. Estos días han salido muchas furgonetas cerradas de la casa. Pero esas obras de arte las quiero yo aquí para que mi funeral sea más digno.

—Estás loco, Rockman... ¡Rematadamente loco! Pero además... ¡además ellos saben que estás aquí! ¡No provocarán la voladura!

—No, no saben que estoy aquí —dijo él, con una calma glacial—. Hace poco les he telefoneado precisamente desde la Cuarta Avenida, diciendo que me había trasladado a Nueva York y que podían proceder a la voladura. Mis criados, mis hombres, han salido todos. Los ingenieros, al otro lado de la montaña, creen que la casa está vacía. Precisamente desde la Avenida de Cristal he liquidado a mis dos últimos cómplices, los que me habían ayudado a exterminar el resto de la banda. Después de mí, nadie debe existir... El fin del rey marca el fin de todos. Y ahora gracias otra vez, Sandra. Gracias por tu... colaboración.

Ella tenía los ojos fuera de las órbitas.

Miraba el reloj de arena y se daba cuenta de su real significado. Miraba aquellos granos que ya... ¡ya estaban llegando a su fin!

Quiso gritar.

Aullar como una fiera herida.

Pero de su garganta sólo escapó un murmullo.

Tal vez una súplica.

Nada...

El último grano del reloj de arena había caído; Rockman sonreía, sonreía enigmáticamente... Y el trueno, el último trueno en el cielo azul, lo llenó todo. Y la montaña avanzó. Y hasta las aguas del Potomac se estremecieron. Y Sandra se llevó las manos a la boca mientras su garganta se rompía, mientras las paredes cedían, mientras se daba cuenta de que quizá pasaría varios siglos sepultada allí, como las mujeres halladas en las tumbas de Oriente...

Cayó de rodillas.

El techo se desplomó.

El trueno, aquel trueno infinito lo llenaba todo...

Hasta que se hizo aquel espantoso silencio.

Hasta que uno de los ingenieros que se hallaban al otro lado de la montaña, dijo a su ayudante:

—Qué quietud... Parece como si estuviéramos en unos funerales...

FIN

SORTEO DEL MILLON

PISO Y COCHE O UN MILLON

SOLO PARA ESPAÑA ¡UN MAGNIFICO PI-
SO Y UN MODERNO
COCHE PUEDEN SER SUYOS!
O SI LO PREFIERE

¡¡ UN MILLON DE PESETAS!!

Basta con que resida en España y nos envíe el
cupón que, junto con las instrucciones y bases
para tomar parte en este sensacional sorteo,
hallará en las últimas páginas de todas las
novelas que Editorial Bru-
guera, S. A. publica en sus
populares colecciones fe-
meninas y de aventuras.

**BUSQUE EN LA CUBIERTA
ESTE DISTINTIVO:**

Adquiera su novela, disfrute
de unas horas de grata lec-
tura, envíe el cupón ... y



¡¡BUENA SUERTE, AMIGO!!

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 12 PTAS.



